

COMUNICADO DE PRENSA

DISCURSOS Y DECLARACIONES

COMUNICADO DE PRENSA

EXPEDIDO POR EL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR JORGE MEJIA PALACIO, EL DIA 3 DE MARZO DE 1962

El Ministro de Hacienda, doctor Jorge Mejía Palacio, anunció ayer que habían culminado las negociaciones financieras que venía adelantando desde diciembre pasado, poco después de asumir la cartera de las finanzas, y tendientes al fortalecimiento de la balanza de pagos.

Se trata, dijo el ministro, de una serie de operaciones financieras con bancos privados de los Estados Unidos, el Federal Reserve, el Export & Import Bank, el Development Loan Fund, el gobierno norteamericano y el Fondo Monetario Internacional, que en total llegan a 151 millones de dólares. Tales operaciones son las siguientes:

Con varios bancos privados de los Estados Unidos, la refinanciación de 45 millones de dólares de créditos a corto plazo, noventa o ciento ochenta días, y que ahora quedan a tres años.

Con el Federal Reserve Bank, refinanciación y créditos nuevos por un total de 30 millones de dólares.

Con el Export & Import Bank, refinanciación de la deuda pendiente, de la cual se debían pagar en este año 16 millones, a un plazo que está determinándose de acuerdo con los reajustes mencionados anteriormente y con las facilidades de pago del país en este y en los próximos años.

Anticipo de los dólares de los empréstitos del Development Loan Fund, sustituido hoy por la Agencia para el Desarrollo Internacional, por 20 millones de dólares. Tales préstamos son los relativos a vivienda por 12 millones de dólares y a colonización por 8 millones, ambos de lento giro y utilización, por cuanto el desembolso debería hacerse contra inversión comprobada. En virtud del nuevo acuerdo, dichos dólares le serán entregados al Banco de la República para in-

corporarlos de inmediato a sus reservas. La contrapartida en pesos, utilizable para vivienda y colonización, seguirá siendo girada a los institutos respectivos: Caja de Crédito Agrario e Instituto de Crédito Territorial, en la misma forma prevista en el contrato original, es decir, contra inversión comprobada. Y dicha contrapartida no ingresará a Tesorería sino en el momento de los giros y sólo para efectos contables.

Un empréstito otorgado por el gobierno de los Estados Unidos por 30 millones de dólares a quince años de plazo, con cinco años muertos.

A esto deben sumarse los recursos del Stand-by del Fondo Monetario Internacional, que en este año pueden ser aprovechados en cuantía de 10 millones de dólares.

En total, estas operaciones suman 151 millones de dólares y con ellas se fortalece la balanza de pagos, y se asegura la estabilidad del certificado de cambio. Estabilidad que es necesaria, como muchas veces lo ha expresado el Ministro de Hacienda, para defender el nivel actual de precios y evitar serias distorsiones en el costo de vida, particularmente de las clases media, obrera y campesina.

La culminación de estas operaciones financieras no quiere decir que el país no deba ser vigilante y prudente en el volumen de sus importaciones. Por el contrario, ante el déficit de la balanza de pagos en el año pasado y el que se preveía para el año actual, y que ha sido conjurado con los arreglos a que se ha hecho referencia, es necesario proceder con prudencia para evitar importaciones ociosas y mejorar la composición de las demás, todo ello dentro de un nivel compatible con las necesidades del país y las metas del programa de desarrollo económico por un lado, y con la disponibilidad de recursos por otra. En este campo el propio comercio importador, seguro, como puede estar de la estabilidad del certificado y de la amplia disponibilidad de recursos, puede ofrecer una importantísima cooperación al gobierno y al país, absteniéndose de acumular inventarios y de hacer importaciones inoficiosas o no esenciales.

Las gestiones de este arreglo se iniciaron desde diciembre, cuando el Ministro de Hacienda viajó a Washington para entrar en contacto con los sectores privados, públicos e internacionales de la capital estadounidense. Tales contactos continuaron en Bogotá a través de la Embajada de los Estados Unidos y por conductos directos. Luego en Nueva York, durante la visita del Gerente del Banco de la República, doctor

Eduardo Arias Robledo, y vinieron a culminar la semana pasada al recibirse la aceptación de las propuestas por los diferentes sectores privados y públicos.

La refinanciación de deudas a corto plazo y los nuevos créditos en total constituyen una de las mayores operaciones financieras efectuadas por el país, y por su volumen y por la diversidad de personas que entran en ella indican bien claramente el sólido crédito que Colombia tiene en el exterior y el deseo de los sectores públicos y privados de los Estados Unidos de ayudarla en sus planes de desarrollo económico y mejoramiento social.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR JORGE MEJIA PALACIO, EN EL SALON ROJO DEL HOTEL TEQUENDAMA, EN EL ALMUERZO OFRECIDO POR LA CAMARA DE COMERCIO COLOMBO-AMERICANA, EL JUEVES 15 DE MARZO DE 1962

Celebramos antier el primer aniversario de la proclamación de la "Alianza para el Progreso", acontecimiento de tan grandes dimensiones históricas como la proclamación de la Doctrina Monroe, a la cual se asemeja como reivindicación de América para las gentes de este continente. Sólo que mientras la Doctrina Monroe fue la garantía unilateral de los Estados Unidos de defender la independencia de estas repúblicas contra las reluctantes metrópolis, la "Alianza para el Progreso" es el pacto multilateral entre veinte naciones para luchar unidas contra el analfabetismo, la explotación y la miseria. Nunca un grupo de naciones libres han coincidido en mejores propósitos que los consagrados, en ocasión solemne, en la Carta de Punta del Este. En la penosa historia de nuestras relaciones, dicho documento constituye el primer punto franco de sincero entendimiento entre nuestros pueblos, porque por primera vez logramos hablar un lenguaje común para problemas y soluciones comunes.

De aquello hace apenas un año y sólo seis meses de la Carta de Punta del Este y, sin embargo, es necesario admitir que el número de sus críticos es tan numeroso como el de sus defensores. La impaciencia de las gentes por resultados tangibles, conduce a veces a deformaciones peligrosas de los más sanos, rectos y acertados propósitos. Yo debo confesar que creo en la Alianza y en su balance positivo al fin de este su primer año de tortuosa iniciación. Hay que recordar que aparte del Banco Interamericano de Desarrollo, ni los Estados Unidos contaban con los instrumentos adecuados para

ponerla en marcha, ni los países latinoamericanos con la preparación para recibir sus beneficios. Las gentes mismas que han sido llamadas a los puestos de comando, con ciertas excepciones, carecían o carecen aún de la mentalidad que la Alianza requiere y amenazan a veces con volverla una empresa imperialista de un lado, desposeyéndola de su aliento social, o una aventura oligárquica del otro, para consolidar privilegios arcaicos. Sin embargo, la Alianza entra a su segundo año con renovada vitalidad, segura, ahora sí, de su gran destino histórico y de lo mucho que como esperanza inmediata representa para los pueblos de América.

No obstante, conviene, en reuniones como esta que congregan a personeros de ambas partes, examinar los defectos estructurales de la Alianza con el fin de mejorarla. Colombia, por anticipación consciente de su gobierno, puede decirse que fue el país mejor adaptado a la Carta de Punta del Este en el momento en que ésta fue suscrita. Había creado los instrumentos básicos para una mejor redistribución del ingreso y de la tierra con las reformas tributaria y agraria; y el plan cuatrienal de inversiones y el de desarrollo de diez años permitían la utilización inmediata de recursos. Sin embargo, no podemos decir que la "Alianza" haya tenido resultados espectaculares entre nosotros, hasta ahora.

Yo lo atribuyo a diversas causas que me propongo enumerar brevemente. En primer lugar, en las discusiones de Punta del Este se dio toda la importancia al comercio de productos primarios que, como el café, constituyen la base económica de estas repúblicas. Mientras Colombia esté expuesta a las tremendas fluctuaciones de su comercio de café, tanto en volumen como en precios, no podrá pensar en llevar a buen término programa alguno de desarrollo económico. Baste saber que en los últimos cuatro años hemos perdido más de 400 millones de dólares en nuestro comercio cafetero. Y eso en los momentos en que pagábamos al exterior la mayor deuda comercial acumulada. Entre estos dos términos, ingresos decrecientes y egresos crecientes, el país ha logrado sostenerse sólo por la voluntad de recuperación que le inculcó el Gobierno del Frente Nacional y por la tremenda disciplina de que dio muestra durante el período forzoso de la austeridad. Por eso hoy nuestro principal propósito y la mejor ayuda que podríamos recibir, dentro de la Alianza para el Progreso, lo constituye el pacto mundial del café a largo plazo cuyas discusiones se iniciarán la semana entrante en Washington

y del cual esperamos una recuperación justa y pronta de los precios.

En los últimos años, antes y después de la Alianza, hemos recibido creciente ayuda externa para financiación del sector público. Pero poca para financiación del sector privado. Y este desequilibrio, a mi modo de ver, es una de las causas principales de los déficit de la balanza de pagos que andan tan de moda no sólo aquí sino en la totalidad de los países latinoamericanos. Las carreteras, los ferrocarriles, la electricidad, la regulación de aguas, que aquí corresponden al sector público o gobierno, tienden a estimular la inversión privada en maquinarias y elementos que no producimos y que crean presión sobre las importaciones. Si a ello se enfrenta la baja del valor de las exportaciones, mencionada atrás, se llega inevitablemente al déficit de la balanza exterior, con sus implicaciones sobre la moneda, los salarios y los precios. A veces se nos dice que esos desequilibrios son fruto exclusivo de nuestra propensión al despilfarro y al lujo. Inútil negar que en ciertos casos es así. Pero generalizar es injusto y peligroso. Si construimos carreteras es para transitar por ellas en vehículos que aún tenemos que importar y si generamos electricidad es para mover máquinas que tampoco producimos. Todo plan de desarrollo presupone un mínimo de importaciones en bienes de capital y en materias primas, que son parte de su propia esencia. Aquí la realidad se estrella contra la ortodoxia; porque de nada valen los programas si en su desarrollo han de estar limitados a los vaivenes de un comercio exterior que se empequeñece en sus ingresos mientras las necesidades crecen. De ahora en adelante habrá que pensar en darle al sector privado una financiación proporcional a la que recibe el sector público para que pueda utilizar las facilidades básicas que crean los gobiernos sin presiones catastróficas sobre la balanza de pagos.

A este desequilibrio están contribuyendo otros factores a los cuales quiero referirme francamente. Por causas que yo entiendo y respeto, tales como las aprehensiones políticas por hechos ocurridos en algún país de América, el temor de la devaluación de la moneda, etc., cada día las compañías y empresarios extranjeros en general importan menos capital de trabajo, reemplazándolo por un uso creciente de las facilidades nacionales de crédito institucional o bancario, o de recursos oficiales generados en acuerdos inter-gubernamentales especiales. En algunos países latinoamericanos esta tendencia

ha dado origen a limitaciones voluntarias o legales de los cupos de crédito. Entre nosotros nada de esto es contrario ni a nuestras leyes ni a los convenios existentes, pero incide cada día más en la mengua de nuestros ingresos externos en los momentos en que escasean por las bajas en el mercado cafetero. No quiero citar cifras colombianas, porque mi intención es tan sólo la de despertar inquietud por esta deformación de la cooperación que tradicionalmente ha venido pres-tándonos el capital privado extranjero y procurar que se remedie.

Colombia tiene un récord intachable en relación con las inversiones extranjeras. La reversión de la Concesión de Mares es tal vez única en la tormentosa historia del petróleo en el mundo, y los negociados sobre sectores ferroviarios o empresas de electricidad no tienen nada que objetar. En los últimos meses hemos dado muestras sensibles de solidez política y de invulnerabilidad a los contagios externos. Nuestra moneda es la más sólida de toda Suramérica, y con el pacto mundial del café, el plan de desarrollo económico y el consorcio internacional que habrá de financiarlo, queda descartada toda nueva devaluación monetaria. Y siempre hemos abierto sin reticencias las puertas al inversionista extranjero bien para dejarle explotar nuestros recursos como para asociarnos a él.

Nuestros gobiernos han concluido la "Alianza" que todos reputamos benéfica para Colombia y para los Estados Unidos. En virtud de ella, gran cantidad de fondos públicos se están transfiriendo de uno a otro para empresas de desarrollo económico y de bienestar social que transformarán al país en los diez años venideros. Pero la Alianza para el Progreso no puede ser un simple convenio de gobiernos. Debe tener su mayor sustento en la gran masa de empresarios y trabajadores de las dos Américas, en cuyo provecho ha sido planeada. Yo invito a las compañías y a los empresarios norteamericanos que trabajan en Colombia, a darle un franco y real apoyo a dicha "Alianza" en el campo que les corresponde, que es en el de poner al servicio de la economía del país sus recursos y su técnica sin restricciones ni aprehensiones. No quiere esto decir que se priven de los recursos del crédito interno; pero sí que los usen discretamente y cuando más en proporción al capital real invertido y en la escala en que pueden hacerlo los nacionales colombianos. Nuestros recursos de capital son muy pocos en comparación con los que ellos, por sus grandes organizaciones, pueden obtener en su propio país. Y esas trans-

ferencias de capital, son una nueva garantía de que su trabajo y sus ganancias no se diluirán por las desvalorizaciones monetarias.

En Colombia hemos tenido en el pasado y más aún en el presente, ejemplos bien dicentes de lo que puede y debe ser la cooperación entre nacionales y extranjeros. Empresas como el gaseoducto de Cicuco a Barranquilla, para no citar sino la más reciente, son alentadoras para nuestro futuro. Ellas caen dentro de la verdadera filosofía de la "Alianza para el Progreso", que es combinación de fuerzas y aptitudes. Con fe en el país y en lo mucho que se puede hacer por él en los próximos diez años, dentro de los planes y acuerdos existentes, el sector privado puede y debe darle a la "Alianza" un aporte mayor que el de los propios gobiernos, que apenas son promotores de esta vasta empresa. Y es allí en donde el gobierno y el país desean y reclaman la cooperación decidida del capital y de la técnica extranjera, y especialmente de los inversionistas norteamericanos que hoy nos acompañan en esta magna empresa de transformar a Colombia.

DECLARACIONES

DEL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR JORGE MEJIA PALACIO, EN EL PROGRAMA RADIAL TITULADO "CINCO REPORTEROS Y EL PERSONAJE DE LA SEMANA", EL DIA 8 DE ABRIL DE 1962.

—¿Cuál es la situación real de la balanza comercial del país?

—Nuestra posición de reservas es sana. El 30 de marzo teníamos 156 millones, cifra que está por sobre la llamada "línea de peligro". Además, aún no han entrado todos los recursos de las operaciones financieras realizadas en marzo, uno de los cuales, el empréstito por 30 millones de dólares del gobierno de los Estados Unidos, lo firmaremos la semana entrante. Estamos, por lo tanto, dentro de márgenes de seguridad que es necesario conservar para evitar la desconfianza pública.

Porque lo que ha venido ocurriendo últimamente es en parte eso. Un fenómeno injustificado de desconfianza en el país, en su situación política, en los resultados electorales, aun en la salud de su Presidente y de su Vicepresidente. Esto se manifiesta en el afán de pagar sus deudas externas los unos y en el de importar lo más posible los otros. Lo primero ha demandado buena cantidad de dólares oficiales, que si por una parte han gravado la balanza, por otra han sido un factor contraccionista. Se puede calcular que los pagos efectuados por los importadores al exterior en el pasado trimestre han producido una contracción monetaria neta de no menos de 200 millones de pesos. De otro lado muchos otros pagos aun anticipados de deudas contraídas en dólares libres han presionado este sector.

Volviendo al tema, nuestra balanza, con los ajustes negociados hace poco, es normal, si todos los factores del activo responden. Pensábamos que sería posible repetir más o menos el año pasado y las financiaciones y refinaciones buscadas

tendían a ello. Sin embargo, hoy no podemos estar ciertos de uno de esos factores que es el café, por la deteriorización del mercado en los últimos meses. Parece aventurado pensar, por no decir completamente irreal, en que podamos exportar los 6 millones de nuestra cuota al precio de 44 centavos de dólar la libra. Ante esto ha habido que tomar medidas de precaución y por anticipado a fin de evitar sorpresas desagradables como las que han tenido otros países de la América Latina en los últimos meses y que deben ser una lección para nosotros.

—¿Cuál es el monto de la deuda comercial externa atrasada, acumulada a partir de 1957?

—Deuda atrasada es la que está en mora. A partir de 1957 no hay ninguna deuda comercial atrasada acumulada. El Banco de la República ha venido vendiendo a la rata del 6.70 todos los dólares que han pedido los importadores. Semanalmente se hacen dos remates y a nadie le ha faltado un dólar ni le faltará para cubrir sus obligaciones en el exterior.

Deuda comercial atrasada y acumulada la hubo antes de 1957. De los 387 millones en que se consolidó en los diferentes arreglos sólo quedan pendientes 85, para los cuales el país tiene plazo. Nuestra deuda comercial está por lo tanto al día, lo mismo que la deuda externa en general, y lo seguirá estando. Por eso nuestro crédito internacional, tanto privado como público, está en tan alto nivel en estos momentos. Y el país tiene que mantenerse así si quiere que su plan de desarrollo económico tenga la debida financiación exterior.

—Algunos economistas han sugerido la inminencia de una nueva devaluación. ¿Qué fundamento tiene esa aseveración?

—La desvalorización es el recurso más sencillo y menos imaginativo para salir de situaciones deficitarias. Pero al mismo tiempo para crear el caos nacional. No hay para qué insistir en lo amargo de un proceso de reajuste después de una devaluación, porque el país lo vivió hace cinco años.

Ni el señor Presidente ni yo somos partidarios de una devaluación; ni la aceptamos siquiera como tema de discusión. Esto debe quedar bien claro ante el país. Una vez más: *no habrá devaluación.*

Y lo digo así, porque hay sectores que la quieren y la fomentan deliberadamente. Yo pregunto: devaluación hoy, ¿para qué? ¿Para volver a devaluar mañana cuando las mis-

mas fuerzas explosivas de una economía en trance de expansión, creen otra situación deficitaria? Sería entrar en una cadena interminable en la cual las víctimas serían los menos pudientes.

Lo que hay que hacer es tratar de resolver el problema de fondo, a fin de darle solidez y estabilidad a nuestra economía. Y a eso se enderezan los actuales esfuerzos del gobierno tanto en lo internacional como en lo interno. Necesitamos una garantía efectiva de que nuestro producto básico de exportación tendrá un precio equitativo y firme que nos asegure un mínimo de ingresos de divisas al año. Sobre esta base podremos planear nuestros presupuestos anuales de divisas para saber cuánto podremos importar. Pero como nuestros propios recursos no son hoy ni lo serán mañana suficientes para un plan acelerado de desarrollo como el que estamos empezando, tendremos que contar con ayuda constante exterior. Para ello estamos tratando con la asistencia del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, de formar el consorcio financiero internacional que garantice la ejecución total de nuestro plan. Los consorcios han sido efectivos y no hay ninguna razón para pensar lo contrario en el caso de Colombia. Aquí tiene usted, por ejemplo, la última reunión del Consorcio de Pakistán en Washington. Este presentó necesidades para los dos próximos años por más de mil millones de dólares y los países del consorcio lo suscribieron de inmediato. En esta forma no puede haber desequilibrios de la balanza de pagos ni presiones devaluacionistas, porque las deficiencias de aquélla estarán cubiertas oportunamente. Los economistas que piensan en devaluación, lo hacen aplicando las reglas clásicas propias de toda economía libre. Si nosotros no podemos formar el consorcio, ni la ayuda externa nos llega en forma oportuna y suficiente, y debemos seguir valiéndonos de nuestros propios e inciertos recursos, esos economistas pueden tener razón. Habrá que devaluar y devaluar. Pero no dentro de la otra concepción moderna del desarrollo, que es la que estamos buscando y en parte la tenemos bien adelantada.

—Usted sostiene que no habrá devaluación. ¿Qué situación cree usted que se planteará cuando el dólar libre alcance niveles superiores a los actuales y su diferencia con relación al dólar certificado sea mayor?

—El mercado de dólares libres en Colombia es tan pequeño que el mal o buen humor de alguien que pueda com-

prar o vender 100 mil dólares, o el grupo de turistas que copa el jet en viaje hacia Lourdes o hacia Roma, lo afecta definitivamente. Los cálculos parecen ser que por cada 50 mil dólares de oferta o de demanda el cambio se afecta un punto hacia abajo o hacia arriba, según el caso. Y es pequeño porque el país importa y paga el 95 por ciento o más en certificados de cambio al 6.70. No obstante, es el único país del mundo en donde las fluctuaciones del dólar libre se registran en cuadro especial, con letras grandes y bien visibles en los periódicos, como si allí estuviera la sustancia de la vida económica. En los otros países el dólar libre o negro es parte de la tabla general de valores.

Pero aceptando en gracia de discusión su hipótesis de que el dólar libre suba más y la diferencia entre éste y el certificado se ahonde, el resultado sería, dentro de la mecánica habitual y lógica, que podríamos exportar más algodón, banano y otros productos que venden en dicho cambio y muchos más artículos, incluso de contrabando, lo que al producir más dólares determinaría nuevamente su baja. El cambio libre tiene sus propias correcciones, según los teóricos.

—Se dispuso que los dólares provenientes de los préstamos externos, convertibles en pesos, se venderían en el mercado libre. ¿Se está cumpliendo ese acuerdo?

—Lo que se dispuso es que los dólares de empréstitos que se hagan a entidades semioficiales o descentralizadas, para ser pagados en pesos, se vendieran al Banco de la República a la tasa del cambio libre; no en el mercado libre, como usted dice. Y a propósito, algunas veces se criticó esta medida y se llegó a preguntar en algún diario que qué pensaría el Presidente Kennedy de esto. Lo cierto es que el gobierno de los Estados Unidos en su contrato con el Banco Interamericano para el manejo de los fondos de la Alianza para el Progreso y concretamente el Fondo Social, exigió que dichos dólares fueran convertidos al tipo de cambio más alto imperante en cada país, y el Banco Interamericano pone a su vez en sus contratos la misma cláusula. Por lo tanto, lo único que puede pensar el Presidente Kennedy de nosotros, si llega a enterarse, lo que me parece muy difícil, es que estamos cumpliendo con las estipulaciones de su Gobierno.

Ahora bien, como usted desea saber qué se hacen dichos dólares, una vez recibidos por el Banco de la República, y a mí no me gustan los secretos porque son antidemocráticos, le diré que cubre todas las operaciones que tiene que hacer en

cambio libre. Nadie podría exigirle al Banco que comprara dólares al 8.90, por ejemplo, y los vendiera al 6.70, ya que ello constituiría una pérdida para él de 2.20 por dólar. Por eso el cambio libre va a tener más recursos cada día a medida que se aumenten los empréstitos pagables en pesos o se acelere la inversión siquiera de los actualmente contratados.

—Se afirma que los dólares que se adquieren en el mercado libre se destinan en su mayor parte al contrabando de mercancías de prohibida importación. ¿Qué medidas se han tomado para conjurar esa situación?

—Es indudable que los contrabandistas tienen que operar a base de dólares libres, ya que el Banco de la República no les va a dar certificados. Y ese comercio puede ser grande. Las medidas que se han tomado contra ello son las de tratar de reprimir el contrabando, mejorando los servicios de vigilancia y dotando a los resguardos de elementos mejores. Pero no es una tarea fácil en un país con costas sobre dos océanos y el resto de las fronteras casi semiselváticas y despobladas. Luchar es lo único que se puede hacer, ya que sería mucho exigirles a los bancos y a los corredores de bolsa que entraran a examinar en cada caso si los dólares que les piden son para contrabando o no.

—Voceros de los gremios económicos afirman que inevitablemente las medidas sobre elevación de los depósitos ha provocado desde ahora una tendencia alcista de los precios. ¿Considera justa esa política por parte de los comerciantes e industriales?

—Al contrario; he visto en el día de hoy, con gran satisfacción, que el doctor Darío Alvarez Londoño, Presidente de Fenalco, ha pedido a los afiliados que no alcen los precios. Las medidas sobre depósitos tienden, en primer lugar, a que no se acumulen más inventarios, y en segundo lugar, a que se disponga más generosamente de los existentes durante el período de transacción. No sería justo ni honesto que el comercio colombiano tratara de acumular ganancias, aparentando costos imaginarios. Ni creo que lo harán, por lo menos en los expendios más serios.

—¿Cree usted que con las medidas que se han tomado sí se logrará la restricción deseada en las importaciones? ¿No cree que en virtud de que la importación sigue siendo un buen negocio, por el bajo precio del certificado en comparación con el dólar libre, se destinen las disponibilidades de cré-

dito a financiar esos mayores depósitos, afectando los demás frentes económicos?

—Vamos por partes. Creo que las medidas tendrán su efecto deseado, primero por ser temporales, lo que obliga al importador a ser más prudente, no sea que la desaparición de los sobredepósitos lo coja con existencias, y segundo, porque el crédito no es ilimitado y tiene sus controles en el interior. Algunos dicen que se acudirá al crédito externo, como parece ocurrió cuando se impusieron los depósitos. En ese caso tendríamos más dólares libres, y éste bajaría. Además, no sé por qué usted cree que los negocios en dólar de certificado son buenos porque los dólares libres valen más. ¿Quiere eso decir que los comerciantes colombianos compran al precio del certificado y le venden al público al precio del cambio libre? Yo no me atrevería a hacer esa afirmación. Creo que el comercio es honesto.

—En caso de continuar la baja en el precio del café, ¿sería necesario un régimen más drástico de restricción de las importaciones?

—Mientras el país tenga que vivir de sus descendentes entradas de divisas y de ayudas esporádicas, bien difíciles de conseguir por cierto, tendrá que adoptar su régimen de importación a esos ingresos. De lo contrario, vendrá la bancarrota. Ese capítulo ya lo vivimos y debe estar muy presente en la mente de los colombianos.

—Se dice que Colombia ha perdido mercados para su café por empeñarse en mantener aisladamente una política de precios altos. ¿Qué nos dice al respecto?

—La política de la Federación no fue la de mantener precios altos; tan sólo la de evitar que se bajaran los precios ya no muy altos, por cierto, que existían a fines del año pasado. Su tesis era lógica. Existen unas cuotas de exportación que todos los países deben respetar; esas cuotas, por estar más o menos de acuerdo con la demanda, nos permiten vender nuestra cuota de cerca de 6 millones; teniendo un mercado asegurado podemos y debemos tratar de mantener el precio para que éste, a su vez, sirva de base para lo que se haga al respecto en el acuerdo mundial de café a largo plazo. Si todo esto hubiera marchado conforme a las bases antes dichas, posiblemente hubiéramos podido ir hasta el pacto mundial sin cambio alguno.

Pero la premisa fundamental, que era la de que los países no exportarían más que sus cuotas, falló, y no sólo en uno sino en varios casos. El mercado recibió más café del que debía recibir y en esas condiciones tenía que resentirse, como se sintió, particularmente en marzo, cuando se supo de una alta operación a 28 centavos la libra.

Confío en que este panorama se despejará en Guatemala, si es que no se ha despejado ya, y que el semestre de cuotas que se inicia sea más estable para los precios y para las ventas.

—¿Considera justos los planteamientos de los cafeteros en relación con la baja de los precios, en lo que se refiere a la sugerencia de que la Federación asuma la diferencia entre el precio del mercado externo y el que se venía pagando al caficultor en el interior del país, para no reducir el ingreso a ese sector?

—Lo que yo he oído decir, especialmente a don Pedro Uribe Mejía y al Comité de Caldas, es que con precio de café en Nueva York a 61 dólares el saco, la Federación les puede pagar los 500 pesos por carga que tenían. Es una simple operación de aritmética que el Comité Nacional o la Gerencia pueden estudiar con el Comité de Caldas. Creo que la Gerencia los ha invitado a venir a Bogotá para rectificar las cuentas.

Yo soy enemigo de los precios fijos, porque deforman la naturaleza de los negocios, sobre todo en una economía libre, y crean situaciones como la actual que creo es la primera vez que se presenta en Caldas. Oriundo de aquel Departamento, desde pequeño oía a mis hermanos hablar de las alzas o de las bajas del café en Nueva York, lo que para ellos era el termómetro de la vida económica. Y todos sabíamos que los ingresos dependían de lo que en aquella remota metrópoli ocurriera. Los precios de sustentación, que fue la innovación, han sido fatales, incluso para los Estados Unidos. Yo creo que la Federación puede y debe garantizar el precio mínimo que resulte del convenio de café a largo plazo, porque no es ella la que cargará con la responsabilidad, sino todo el grupo de naciones unidas al pacto. Mientras tanto, debe seguir garantizando el máximo precio posible dentro de las condiciones del mercado y en forma flexible, de manera que los productores se beneficien de las posibles y eventuales alzas.

—¿Qué repercusiones tendrá la crisis cafetera en la ejecución de los programas socio-económicos de la Alianza para el Progreso?

—Creo que la Alianza está enfrentada hoy en día a su primera prueba de fuego. Aun los países que hemos recibido auxilios de dicha Alianza, prácticamente perdemos más por las bajas, tanto en precios como en volúmenes de venta, que lo que recibimos. Esto indica que hay que llegar a darle estabilidad al precio de los productos básicos y dentro de ellos al café. Hace poco dije que el mayor aporte de la Alianza a nuestro desarrollo económico sería el pacto mundial. Y hoy lo repito con mayores razones. Hay que hacer algo y rápido para salvar a estos países si no queremos que el más alto y corajudo esfuerzo de un estadista como el señor Kennedy y de un pueblo como el de los Estados Unidos se convierta en la mayor tragedia de la historia.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL GOBERNADOR POR COLOMBIA Y MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR JORGE MEJIA PALACIO, EN LA SESION INAUGURAL DE LA III REUNION DE LA ASAMBLEA DE GOBERNADORES DEL BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO, CELEBRADA EN BUENOS AIRES, EL 23 DE ABRIL DE 1962

La creación del Banco Interamericano será siempre una fecha grata en la historia de América. Porque en aquel día memorable, la hermandad interamericana, consolidada en lo militar en el pacto de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro y en lo político en la Carta de Bogotá, tuvo su culminación plena al avanzar resueltamente en lo económico y social. El sistema regional se humanizó, por así decirlo, haciéndose medible y tangible a nuestros pueblos en guarismos y en obras y América comprendió por primera vez que su destino se había hecho irrevocablemente indivisible.

Unión de países las hubo antes, la más común de todas las de los débiles a la sombra opresora o protectora de los fuertes. En cambio aquí, la nación más poderosa de la tierra vino a sentarse a la mesa de los menos, en una comunidad de derechos y deberes comunes, sin privilegios ni distingos. Por eso ser miembro del Banco es una especie de carta de ciudadanía americana, que nos obliga a ayudar a los otros garantizándonos el derecho de ser ayudados a la vez.

En solo un año de operaciones, el Banco se ha destacado como la institución financiera internacional más ágil, más oportuna y más alerta a las necesidades de sus socios. Allí están las cifras que hablan de cómo en tan reducido período de tiempo, menguado por la labor de organización física y la familiarización con los problemas hemisféricos, el Banco procesó y aprobó 98 préstamos por US\$ 426.000.000.00, con los más variados objetivos desde el estrictamente económico como la industria, la agricultura, la minería, la electrificación o los

transportes, hasta la asistencia social en vivienda, en educación y en sanidad. Ningún problema ha sido ajeno a su interés, ni ha estado fuera de sus poderes estatutarios o de sus principios de política interna; y siempre que un país ha venido en demanda de ayuda, la ha tenido sin excusas ni imposiciones desmedidas. De él puede decirse que es la casa de América para todas las naciones de América.

Cabe sobre todo destacar el papel que ha jugado como instrumento de la "Alianza para el Progreso" en el manejo del fondo fiduciario de progreso social, puesto en sus manos en buena hora por el gobierno de los Estados Unidos. Porque la Alianza no hubiera sido la misma ni en su aspecto político ni en su alcance económico, de no haber encontrado, al nacer, una institución como el Banco, que le permitiera canalizarse hacia los objetivos sin las asperezas de toda ayuda unilateral por generosa y honesta que ella sea. El Banco no sólo ha sido un buen administrador al invertir en 31 operaciones 212 millones de dólares de los 394 que le fueron confiados, sino que le ha dado a la Alianza ese aspecto multilateral que la preserva, la dignifica y la engrandece.

Todo esto se debe a la inteligencia y a la consagración de un hombre que desde la presidencia del Banco ha sabido imprimirle a éste sus propias virtudes personales de generosidad, de espontaneidad, de comprensión y de calor humano. Y a un cuerpo de colaboradores que comulgan en la misma receptiva actitud ante las dificultades y miserias de nuestros pueblos. Felipe Herrera no es sólo nuestro mayor orgullo, sino también nuestra mayor venganza contra quienes por siglos han desconfiado del aplomo de las gentes latinas para las altas finanzas. El está probando que se puede ser banquero y ser humano y que es en la conjugación de estos dos sentimientos en donde reside el justo medio para quien quiere hacer una obra con proyecciones hacia el porvenir pero de utilidad para el presente.

La América Latina atraviesa por la peor crisis de su historia. De norte a sur, la inconformidad, el desasosiego, el odio y la venganza siembran su fermento impiadoso, llevándose de tajo hombres, gobiernos, economías e instituciones que parecían incommovibles. La guerra fría cala hasta la medula de los huesos en la flaca estructura de nuestras democracias y el paredón se alza en símbolo de revindicaciones proletarias, como la guillotina lo fue de los principios igualitarios de la revolución francesa.

Hace un año, reunidos en Punta del Este, nuestros gobiernos dieron su respuesta al suscribir la "Alianza para el Progreso" y erigirla en bandera de esperanza para mantener la moral de nuestros pueblos. Bastante se ha hecho desde aquel entonces y nada prueba que ella no sea el camino indicado en esta encrucijada de la historia. Yo creo en la Alianza, en la nobleza de sus fines, en la sinceridad de sus altos promotores y mentores como el Presidente Kennedy, porque nada hay comparable en la historia a esta cruzada tan profundamente humana. Si hoy mismo se hundiera el continente en la borrasca marxista-leninista que lo amenaza, la idea de Alianza sobreviviría a los horrores del paredón, como sobrevivió la fe cristiana a las carnicerías del Circo Máximo.

Pero la Alianza, que fue una proposición equilibrada de sustentos a nuestras exportaciones primarias como base fundamental de todo posible desarrollo y una ayuda financiera adicional por diez años para acelerar el mismo, no ha podido aún acompasar su ritmo y esa descompensación sigue empobreciendo pueblos, ahondando las diferencias económicas entre las clases, precipitando crisis, devaluaciones, desempleo, como lo hemos podido ver en varios países en los meses más recientes. El que estos fenómenos ocurran aún y con frecuencia, está indicando que la Alianza, al final de su primer año, no ha logrado neutralizar las tendencias adversas de nuestras economías que le dieron razón de ser y origen. Y si algo podemos hacer en su favor, es entrar a examinar sus fallas.

La primera y más fundamental es lo poco que se ha podido hacer en el sustento de mercados y precios para nuestras exportaciones primarias. Yo vengo de un país que ha obtenido sustanciales ayudas de la Alianza en la forma de créditos tanto para el desarrollo económico como para el bienestar social. Sin embargo, las pérdidas sufridas en mercados y precios de café desde Punta del Este, son dos y tres veces más grandes que la ayuda extraordinaria recibida. En vez de mejorar hemos empeorado en términos generales, porque lo que quiso ser una ayuda adicional para acelerar nuestro progreso, apenas ha servido para mitigar en parte el tremendo impacto de las fluctuaciones cafeteras. Por eso en repetidas ocasiones he dicho, y lo repito hoy aquí, que para Colombia, como para la mayoría de los países latinoamericanos, la mayor contribución que puede hacer la Alianza para el Progreso es el pacto mundial del café a largo plazo. Mientras esto no ocurra, la ayuda que se nos dé, por generosa que

ella sea, no será sangre para vitalizar nuestra economía, como estaba proyectado, sino simples calmantes para evitar el colapso total.

Para agravar la situación, el capital privado extranjero, que tan importante papel debe desempeñar en la ejecución de nuestros planes de desarrollo económico, se mantiene en retirada ante el espectro cubano, en desconocimiento total de la geografía y de la historia. Ya hasta los inversionistas extranjeros tradicionales, que por décadas han prosperado al amparo de nuestras garantías y de nuestras instituciones, encuentran más cómodo usar el ahorro nacional acumulado en los bancos y en las compañías de seguros, que seguir alimentando sus industrias con capital importado, creando, en esta forma, peligrosos desequilibrios cambiarios. Si la Alianza es, como debe ser, un movimiento no sólo de gobiernos y de instituciones financieras internacionales sino de pueblos en un esfuerzo colectivo, hay que levantar la moral de los inversionistas extranjeros y exigirles que contribuyan en la histórica cruzada.

La aceleración del desarrollo económico de América Latina, dentro de los preceptos de Punta del Este, implica un aumento sustancial en importaciones de bienes de capital. Pero mientras los precios de nuestros productos primarios exportables bajan, los de los bienes manufacturados se aumentan, ahondándose el desequilibrio de los términos de intercambio. La Alianza para el Progreso tiende a disminuir y últimamente a eliminar las tremendas diferencias entre las naciones hemisféricas; pero ello no será posible mientras el trabajo no tenga sus equivalencias justicieras.

La mayor parte de los países de la América Latina han hecho un esfuerzo laudable por diversificar sus producciones exportables, buscándole nuevas y más seguras perspectivas al comercio. Pero este despertar latinoamericano coincide con una ola de restricciones, prohibiciones, preferencias y barreras impositivas y aduaneras en los grandes mercados, que más parecen fortalezas en trance aislacionista que centros de intercambio. No hay porvenir para nosotros si más allá de nuestras fronteras y de nuestras costas, tan sólo vemos alzarse barricadas contra nuestros nuevos productos, por el solo hecho de que no pertenecemos a determinada zona de influencia o somos parte de un acuerdo militar o político.

Las instituciones financieras internacionales primero, y luego la Alianza para el Progreso, han dado particular énfasis

a la financiación del sector público, preferencia explicable si se tiene en cuenta la rudimentaria infraestructura económica de nuestras repúblicas. Pero si se construye una carretera es para transitar por ella en automóviles que los más no producimos, y si se instala un kilovatio de electricidad es para mover una máquina que también tenemos que importar. El progreso en el sector público se traduce entonces en presión del sector privado sobre las importaciones en forma no compensada y peligrosa para el equilibrio cambiario. Nuestros déficit de balanza de pagos de los últimos tiempos son en su mayor parte resultado de este lógico incremento de la demanda; pero nuestros economistas y banqueros se escandalizan cuando se les habla de un préstamo para cubrir un déficit de tal naturaleza. En el período transaccional al menos, la Alianza tendrá que ser más comprensiva de estos fenómenos, a los cuales es imposible sustraerse y tratar de mantener el equilibrio entre el sector público y el sector privado, complementación fundamental para el éxito de todo plan de desarrollo económico dentro de una economía libre.

Yo estoy seguro que en este segundo año de la Alianza, quienes la orientan y dirigen, corregirán sus fallas. Los fondos que la alientan deben llegar a ser apoyo adicional para acelerar el desarrollo y no compensaciones insuficientes por pérdidas derivadas de situaciones que está en nuestras manos remediar. De no hacerse así, al final de los diez años que nos hemos trazado encontraremos, como balance, estos mismos pueblos más pobres que hoy y, lo que es peor aún, sin esperanza. Hay que obrar y pronto, no sea que este nobilísimo esfuerzo de un pueblo y de un continente, ante el cual empalidecen las más altruistas hazañas de todos los tiempos, se convierta en la más grande tragedia de la historia.

Cumpliendo el honroso encargo de las delegaciones presentes en esta tercera asamblea de gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo, séame permitido expresar a usted y a su gobierno nuestra gratitud por la cálida hospitalidad que nos brindan; y al pueblo argentino nuestra admiración por su pasado glorioso y nuestra fe en su brillante porvenir.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR JORGE MEJIA PALACIO, EN LA VII ASAMBLEA DE LA FEDERACION METALURGICA "FEDEMETAL", EL DIA 12 DE MAYO, EN LA CIUDAD DE MEDELLIN

Señor Presidente:

Traigo malas noticias para los pesimistas y sobre todo para los que, agotado el campo para el terrorismo político por la decisión irrevocable del pueblo colombiano de continuar la política que se trazó hace cuatro años, se están pasando al terrorismo económico. Porque en Colombia no hay ni habrá crisis económica, no habrá devaluación, no habrá bancarrota fiscal. Al contrario, por primera vez en su historia, el país sabe a ciencia cierta lo que está haciendo y hacia dónde va y tiene, pudiéramos decir a la mano, los instrumentos para una transformación radical de su estructura económica con el pacto mundial de café a largo plazo y el consorcio internacional para la financiación del Plan General de Desarrollo.

Las gentes se preguntan por qué este gobierno del Presidente Lleras, a tres meses de la entrega, estudia, conforma y toma decisiones de fondo sobre problemas fiscales, monetarios y económicos, cuando lo corriente sería dejárselas a la próxima administración. Y muchas veces esta actitud del Gobierno se interpreta o se explota como signo de inminentes catástrofes. Cada reunión del Consejo de Ministros o del Consejo de Planeación o de cualquier organismo oficial que toque, así sea tangencialmente con la economía, levanta sospechas y en cada medida se cree ver el principio del fin. Lo que no nos damos cuenta es que el acto que se cumplirá el siete de agosto es un simple renuevo de personas en la suprema dirección del Estado, pero no de objetivos y programas. Cuando el país aceptó tener por diez y seis años gobiernos de responsabilidad compartida y cuando los dos grandes partidos

históricos acordaron lo que se llama "el programa del Frente Nacional" estaban estableciendo la continuidad en la acción administrativa, cualesquiera que sean los operarios. Por eso el Presidente Lleras jamás ha pensado en mermar el ritmo de trabajo y, por el contrario, está exigiendo más y más de sus colaboradores como un aporte necesario y benéfico a esta continuidad que implican los gobiernos del Frente Nacional.

Es más. Desde hace varias semanas se decidió integrar distintos comités con gentes de la administración actual y aquellas que se sabe o presume que tendrán atribuciones o decisiva influencia en la administración próxima, para que estas últimas se familiaricen con los programas en marcha. Decisión que fue comunicada por el Presidente Lleras al Presidente electo, doctor Guillermo León Valencia, en la entrevista de hace cuatro días y aceptada por éste. La continuidad en los programas será un hecho, sin pausas ni noviciados, tan comunes en todos los comienzos.

Hemos tomado medidas y las seguiremos tomando, mirando más allá del límite constitucional de esta administración. Porque lo que se ha venido haciendo tiene un objetivo concreto y es el de reajustar la economía colombiana a las proyecciones del Plan General de Desarrollo, y hacer posible la formación del Consorcio que habrá de financiarlo. Este es y debe ser el objetivo central del país, porque de lo contrario estaríamos desaprovechando la más grande oportunidad que nos haya deparado la historia.

Hace un mes, por ejemplo, se elevaron transitoriamente los depósitos previos, a fin de moderar las importaciones, afectadas por la psicosis catastrófica que la incertidumbre política logró crear. Moderación que nunca irá hasta el nivel que sería necesario si fuéramos a depender de nuestros solos recursos. Esto sería protocolizar la miseria y abandonar el Plan General de Desarrollo. Un país como el nuestro no puede hacer presupuestos de divisas, sino presupuestos de necesidades, y la obligación de los gobiernos es atender a éstas. Por eso vamos a importar más de lo que exportamos, aunque tengamos que endeudarnos, porque de lo contrario, lejos de acelerar nuestro desarrollo económico, conforme al espíritu de la Alianza para el Progreso, lo estaríamos retrasando. Pero nunca en exceso de lo que necesitamos, porque no tendríamos recursos propios ni nos serían facilitados. Ello excedería los compromisos y obligaciones internacionales de ayuda en los

cuales vamos a fundar la constitución del consorcio financiero, y que sólo van hasta el límite de las necesidades esenciales.

Ayer el gobierno aplazó parte del presupuesto de inversiones financiado con recursos del crédito. La medida obedece a varias causas, como se expresa en los considerandos del decreto. En primer lugar, y no hay para qué ocultarlo, la vigencia pasada arrojó un déficit que castigado con el debido cobrar de 1960 en los términos de la ley, asciende a 343 millones de pesos. Dicho déficit fue atendido con fondos de destinación especial, no necesarios en aquel momento, lo que es legalmente posible dentro del sistema de unidad de caja de la Contraloría General de la República. La partida para saldar definitivamente este déficit será incluida en el presupuesto de la próxima vigencia. Igualmente, es posible esperar, con base en los recaudos de los cuatro primeros meses de este año, un ingreso menor que el presupuestado para la vigencia en curso. Tenemos, pues, presión del déficit de la vigencia pasada a medida que los programas a que estaban destinados los fondos con que fue cubierto empiezan a demandarlos, y al mismo tiempo, entradas menores que las que estimó el Congreso.

Las causas de estos déficit son explicables y no hay para qué buscarles responsables. Cuando se preparó y aprobó el presupuesto de 1961 se estaba discutiendo simultáneamente en el congreso la reforma tributaria y era imposible saber lo que aquél haría o calcular matemáticamente su producto. No era tampoco claro lo que ocurriría en aduanas, en timbre, en sucesiones, que con el anterior contribuyeron a producir el déficit. De otro lado, era imposible hacer economías en un año que exigió, como pocos, mayores erogaciones para mantener el orden público. Algo semejante puede decirse del presupuesto de la actual vigencia. Tan sólo al final de diciembre, cuando el presupuesto estaba ya expedido, se contabilizó por primera vez el producto real de aquellos impuestos afectados por reformas anteriores, producto que resultó más bajo que los aforos aceptados y hay uno de ellos, el de masa global hereditaria, que aparece computado con un aumento que el congreso no tuvo tiempo de aprobar ni en sus sesiones ordinarias ni en las extraordinarias.

Todo esto ha movido al gobierno a diferir gastos del presupuesto de inversiones financiado con fondos comunes en un treinta por ciento sobre los programas ya iniciados y en la totalidad en los que no lo han sido. Esta disposición sólo

afecta apropiaciones por 535 millones de pesos de los 1.500 que forman el presupuesto total de inversiones de la actual vigencia, los que tampoco se aplazan totalmente por cuanto en mucha parte corresponden a obras ya iniciadas que sólo se castigan parcialmente. Creemos que con esto y otros recursos que se tienen a mano será posible atender a la presión del déficit de la vigencia pasada y evitar que se produzca otro en la presente. En esta forma el país podrá recobrar su pleno equilibrio fiscal en 1963, en que estará en ejecución el Plan General de Desarrollo. Sin que esto implique desempleo, porque el presupuesto de funcionamiento no se afecta, y porque todas las obras en ejecución continúan, algunas, como las financiadas con recursos externos o del crédito, a ritmo acelerado, como vivienda, carreteras, escuelas, centrales hidroeléctricas, caminos vecinales, puertos y aeropuertos.

Hace mes y medio ingresamos a la zona latinoamericana de libre comercio, ensanchando así a nuestras industrias el mercado de 14 millones de colombianos a 150 millones de latinoamericanos. Apenas estamos empezando a comprender, con los viajes a los mercados de la zona, como el que realizaron los industriales antioqueños, lo que esto puede representar para el país, si lo aprovechamos hábilmente. Tenemos técnica, experiencia, posición geográfica, bajos costos de producción y una altísima capacidad directiva, todo lo cual nos coloca en situación ventajosa. Vamos a proyectar, ya no para nuestro pueblo, sino para todos los que se nos han sumado, y puedo afirmar que habrá capital suficiente para ello dentro de los arreglos financieros que vamos a adelantar con el consorcio que organiza el Banco Internacional. La industria privada no quedará huérfana dentro de estos convenios, como lo ha estado más o menos en el pasado, porque todo lo que hemos hecho y lo que se hará en el sector público, no tendría justificación completa si por falta de capital los hombres de empresa no pudieran utilizar dichos servicios para producir nueva riqueza.

Otro hecho que tampoco hemos valorado suficientemente es el de nuestra vinculación más estrecha con Europa, objetivo de la misión que ahora anda en el viejo continente. Nuestras relaciones con aquel otro mundo han sido puramente intelectuales o turísticas. Hoy en día, el mercado común europeo es uno de los ejes del comercio mundial, tan importante como los Estados Unidos, y, sin embargo, sus posibilidades para nosotros, como sus peligros, nos son desco-

nocidos. El gobierno ha querido entrar allá, conversar, negociar, porque dentro del vasto programa de desarrollo que nos hemos trazado, la cooperación europea es casi, pudiéramos decir, definitiva. Y puedo anunciarles que los resultados obtenidos hasta ahora son satisfactorios.

En los días venideros habrá más y más actividad en el Gobierno porque necesitamos reforzar nuestra posición económica, tanto en la zona latinoamericana de libre comercio como frente a los demás mercados del mundo. Antes de entrar a negociar nuevas listas de productos, industriales esta vez, tenemos que revisar los aranceles para proteger más ciertos productos y estabilizar o rebajar los gravámenes de otros, de acuerdo con los intereses del país y de la industria. En la semana entrante llegará una delegación del Comité de los Nueve a recorrer nuestras ciudades y campos en preparación del informe que rendirán a los organismos regionales de la Alianza, para comprometerlos en la financiación del Plan General de Desarrollo. Y poco después vendrán los representantes del Banco Mundial a convenir los términos finales para la constitución del Consorcio Financiero Internacional, que yo considero el paso decisivo en todo este proceso, ya que el país no puede ejecutar el plan sin el concurso en grande escala y sostenido, que es lo que ofrece el organismo mundial y lo que quedó establecido en la Carta de Punta del Este. Darle bases a dicha negociación, así sea a costa de algunos sacrificios individuales, ya que no se exige ninguno colectivo, es asegurarle al país su porvenir y su ventura.

Soy optimista sobre nuestro futuro inmediato. Nos hemos ayudado y vamos a recibir ayuda en cantidades suficientes para acelerar el desarrollo económico. Ayuda que tenemos a la vista en el pacto mundial del café, que empezará a negociarse el 9 de julio en Nueva York y en el Consorcio Financiero Internacional, que esperamos constituir aun en fecha más temprana. Nuestros horizontes se dilatan, porque somos el país de América Latina que ha cumplido en su totalidad la parte de organización interna que a todo miembro de la Alianza se le exige para disfrutar de ella, como reforma tributaria, reforma agraria, estabilidad monetaria, orden fiscal, un plan de desarrollo de altas calificaciones e instrumentos adecuados de ejecución y de control. Y vamos a recibir la recompensa a nuestro esfuerzo propio, conforme a los convenios. Este reajuste de nuestra economía y de nuestras finanzas que el gobierno ha venido y seguirá adelantando has-

ta la víspera del siete de agosto, para que no haya un solo momento ocioso, no es sino la preparación final para este gran viaje de nuestro país y de nuestro pueblo hacia la historia.

Señor Presidente:

La industria metal-mecánica es tal vez la más joven pero no la menos pujante de las industrias colombianas. Y la Asociación aquí reunida, una de las mejor orientadas hacia el servicio del país. La fuerza de una nación se mide aún en términos de kilovatios-hora y de lingotes metálicos. Por eso en el Plan General se le ha dado a esta industria un papel predominante en el desarrollo acelerado.

Por las conclusiones, sé que hay problemas para el fácil logro de vuestros fines. Todos ellos podremos estudiarlos y resolverlos teniendo en cuenta el interés privado y el interés público, porque es de este equilibrio de donde salen las soluciones útiles y justas. La impaciencia es, por lo general, un producto del subdesarrollo, sobre todo cuando un pueblo llega a tener conciencia de su estado de atraso y se rebela contra ello. Entonces se quiere hacer todo de una vez, pretendiendo reparar en un día la incapacidad o la desidia de años o de siglos. Tendencia que no es mala y no la critico, porque es creadora y como tal, necesita de estímulo. Pero en desarrollo económico no se puede perder nunca de vista el conjunto de la economía si no se quieren crear desequilibrios ruinosos. Para que la industria metal-mecánica prospere, tienen que prosperar todos los demás sectores económicos, ya que operamos dentro de un sistema de vasos comunicantes, en que la capacidad debe ser proporcionada.

Yo soy un entusiasta defensor y partidario de la industria nacional y ya he dicho, en ocasión pasada, que el país tiene que consumir lo que produce si quiere ir adelante. Y en mi efímero paso por el Ministerio de Hacienda he procurado hacer que se respeten las leyes de protección y se cumplan los estímulos para la industrialización acelerada del país. Y no pierdo la esperanza de llevar al Congreso, como último acto, reformas que impliquen nuevos incentivos y, sobre todo, dejar organizado el crédito especial dentro del Consorcio Financiero Internacional para la promoción industrial del país. Aunque no está delineado claramente, podría consistir en un fuerte aporte anual de 40 a 50 millones de dólares suministrados por los organismos internacionales, que el Banco de la

República haría llegar a los industriales por intermedio de los Bancos y de las Corporaciones Financieras, al menos mientras se seleccionan o crean instrumentos más adecuados. Creo que esto sería nuestra verdadera revolución industrial, porque es lo único que nos falta para llevarla a cabo.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR JORGE MEJIA PALACIO, EN LA CLAUSURA DEL XVIII CONGRESO NACIONAL DE COMERCIANTES, EN SANTA MARTA, EL 26 DE MAYO DE 1962

Señor Presidente:

Un distinguido industrial afirmaba, hace pocos días, que el dólar al 6.70 es un regalo. Quiero aprovechar la oportunidad que me brinda esta magna asamblea de comerciantes, para glosar esa frase que muchos otros repiten, posiblemente con la misma buena fe, sin darse cuenta de que con ello están abonando el campo a los Savonarolas que todos los días predicán, desde las columnas de sus diarios, el inevitable fin de la República. Porque en economía como en política, los *slogans* tienen el mismo objeto: ablandar la opinión pública hasta romper su resistencia a una doctrina, a un principio o simplemente a un hecho.

Un problema moral.

Yo no veo por qué el dólar al 6.70 es un regalo. Se suele explicar que la diferencia de dos pesos entre el cambio de certificados y el libre, hace que el que disfruta del primero para sus importaciones liquide con base en el segundo para vender al público, haciendo así la más fácil de todas las ganancias. Yo creo que si esto ocurre, y no quiero ni sospecharlo aquí, ante tan distinguido auditorio, que en este caso sería posiblemente el acusado, ello no es un problema ni monetario ni cambiario. Es un problema moral con vecindades al Código Penal. Porque el gobierno les ha dado y les seguirá dando a los importadores dólares en cantidad suficiente al precio del 6.70 para todas sus transacciones en el exterior.

Pero eso tiene una contraprestación y es que los precios de los artículos importados o de los elaborados con materias primas extranjeras se mantengan a un nivel consecuente con ese precio sostenido del certificado de cambio. Y si el comerciante o el industrial, en vez de liquidar con base en el 6.70 liquida con base en el 8.90 o en el 9, están cometiendo un abuso que merece, cuando menos, que el Estado los prive del derecho de obtener licencias de importación. Sanción que debe extenderse a quienes sobrefacturen con el objeto de hacerse a unos dólares de más para venderlos en el mercado libre, porque obtener dólares por sobrefacturación es un acto poco menos que igual al de romper una bóveda del Banco de la República, sólo que esto último resulta más difícil y arriesgado.

El Estado y los precios.

Sanciones que se justifican, porque los precios no son, como lo eran antes, privilegio de los proveedores dentro del mecanismo de la oferta y la demanda. También en su fijación entra el Estado, como representante de los altos intereses de la comunidad. Y no en países comunistas o socialistas solamente. En los propios Estados Unidos, campeón del sistema de la libre concurrencia, los grandes magnates del acero tuvieron que inclinarse a la voluntad resuelta del Presidente Kennedy, de defender a todo trance al consumidor americano. El gobierno colombiano lo ha practicado de mucho tiempo atrás, en servicios básicos como el transporte, en arrendamientos y en ciertos productos esenciales. El principio está aceptado, por lo tanto, y bien podría volverse contra todos aquellos que, considerando que el dólar al 6.70 es un regalo, lejos de hacer partícipes de él a sus conciudadanos y clientes, se creen con derecho a trasladarlo al consumidor a un tipo de cambio rayando en la extorsión.

No podemos confundir la política de cambios con la moral, porque aquélla se quedaría sin sustento. Porque la consecuencia lógica es que se acepte que para evitar nuevas inmoralidades hay que devaluar. ¿Y quién nos garantiza, pregunto yo, que quien importando al 6.70 no tiene reato en liquidar al 9, no liquidará al 10 y al 12, si se modifica el cambio? ¿Acaso se va a volver honesto, por el hecho de que se eleve el precio del certificado? ¿O, por el contrario, como toda

devaluación tiene por objeto reducir el volumen de importaciones, no se irá a aprovechar de la menor afluencia de bienes para abusar del consumidor inerme? Todos estos son aspectos de la moralización del comercio y de la industria, que debe ser preocupación de asociaciones como ésta, y a ese respecto debo rendir tributo a don Darío Alvarez Londoño y a las directivas de Fenalco, que desde el día de la elevación temporal de los depósitos previos de importación, han venido pidiendo a sus afiliados que se abstengan de elevar los precios.

La balanza de pagos.

Más lógica, por ortodoxa, sería la tesis de que la devaluación es necesaria para restablecer el equilibrio de la balanza de pagos. Pero dentro de nuestros planes actuales hay un hecho aceptado y es que nuestra balanza de pagos está y tendrá que estar desequilibrada por diez años cuando menos. Porque si nos fuéramos a atener al producto de nuestras exportaciones, tendríamos que reducir nuestras importaciones, para mantener el equilibrio cambiario, a menos de 25 millones de dólares al mes, lo que a duras penas alcanza para artículos básicos y materias primas esenciales, sin que quedara un céntimo para nuevos equipos industriales o bienes de capital en general.

El objetivo de nuestra política no es el equilibrio cambiario, como lo tuvo que ser en otros tiempos de menos cooperación internacional. El objetivo es el desarrollo, porque no se busca un resultado cambiario sino económico, base de la transformación social en que está empeñado el Frente Nacional y, por lo tanto, no sólo este gobierno sino el que se inaugurará el 7 de agosto. Política que no es aventurada, porque está respaldada por la ayuda exterior pactada en la Carta de Punta del Este y en la Alianza para el Progreso, y con la cual se van a cubrir los déficit de balanza que resulten dentro de este proceso de desarrollo acelerado.

La devaluación también se usa para fomentar exportaciones, y ahora mismo estamos viendo cómo el Canadá, con una de las monedas más fuertes, acude a todos los recursos posibles para devaluarla frente a su competidor, el dólar americano. Pero esto no operaría entre nosotros, porque el artículo principal de exportación, el café, carece de mercados elásticos y está limitado en su volumen exportable a la cuota que

nos ha sido asignada por los pactos. Y lo que llamamos las exportaciones menores, ampliamente subvencionadas hoy por la diferencia entre los dos cambios, saldrían perjudicadas posiblemente si el nuevo que se obtuviera fuese inferior al que hoy disfrutan.

No habrá devaluación.

Si no es para aumentar exportaciones o para obtener el equilibrio cambiario, la devaluación carecería de sentido y constituiría tan sólo un asalto a las clases menos favorecidas, que tendrían que emprender de nuevo la lucha por otro reajuste, cuando aún no se ha surtido totalmente el que se originó en la devaluación de 1957. Sería lanzarlas al vacío, sin justificación alguna, en momentos en que tienen derecho a esperar todo lo contrario. A mi modo de ver, el dólar no es ni un regalo ni un gravamen al 6.70. Es el patrón conforme al cual está reestructurada la vida colombiana, y todos los presupuestos domésticos de las clases media, obrera y campesina, descansan sobre aquella base. Con mover el cambio no se consiguen más dólares. Habrá en cambio menos importaciones y más caras para el consumidor nacional; menos desarrollo económico y más parálisis y miseria, sin que nos libremos del espanto de la devaluación, como lo creíamos en 1957, porque cada una de ellas engendra la siguiente, particularmente en los países subdesarrollados, de lo cual tenemos elocuentes ejemplos en América. Por eso dije y lo repito aquí, que en Colombia no habrá devaluación.

La estabilidad.

En cambio habrá estabilidad. Y todas las medidas adoptadas por el gobierno tienden a lograrla, como base fundamental para poder llevar a cabo el Plan General de Desarrollo. En primer término, porque los organismos internacionales y los países que financiarán el Plan la exigen como condición inmodificable, ya que no van a exponer en balde su esfuerzo y su dinero. Y, en segundo lugar, porque el mismo esfuerzo nacional se vería restringido por los temores naturales que conlleva la falta de estabilidad. De ello pueden dar fe industriales y comerciantes, que han tenido y tienen amplias oportunidades de crédito extranjero, pero que no lo

usan por los riesgos cambiarios. Sin estabilidad no habrá ayuda extranjera, ni habrá plan, ni habrá desarrollo. Y de aquí que el gobierno esté dispuesto a propiciarla, cueste lo que cueste, porque sabe muy bien que allí se está jugando el futuro del país.

El pacto cafetero.

En este orden de cosas están el pacto mundial del café y el consorcio financiero internacional organizado por el Banco Mundial. Por más de medio siglo, la prosperidad o la pobreza del país han sido la consecuencia obligada de las fluctuaciones de los mercados cafeteros. El volumen y precio de las exportaciones de café han determinado el volumen y calidad de nuestras importaciones, y cuando nos hemos excedido en estas últimas, hemos tenido que sufrir agudas crisis que han llevado al peso colombiano de la par al 6.70 en relación al dólar en el curso de los últimos 30 años. Y aunque el récord no es malo si lo comparamos con nuestras vecinas repúblicas del sur, darle firmeza al precio del café es estabilizar la economía del país, es ponerle, por así decirlo, plataforma de concreto al progreso para que lo que edifiquemos sobre ella no se frustre, como ha ocurrido en el pasado por causas y fenómenos que no está en nuestras manos conjurar.

No hay para qué ocultar las dificultades que el acuerdo cafetero encontrará seguramente. Países que se resisten a limitar sus exportaciones; países que no quieren renunciar a sembrar más café o destruir plantaciones existentes; países que quieren conservar sus privilegios metropolitanos. Como también países que quieran seguir lucrándose de la superproducción para pagar precios más viles; o países que no quieran renunciar al arbitrio fiscal que representan los gravámenes a las importaciones o al consumo del café; o países que no quieran debilitar los vínculos excoloniales a base de preferencias. No será fácil. Pero es posible y así lo demuestra el resultado de las conferencias preliminares celebradas en Nueva York y en Washington, en que se ha llegado a adoptar principios y a unificar criterios. Y es posible, porque los productores, grandes y pequeños, hemos sufrido y estamos sufriendo en carne viva los efectos desastrosos de la superproducción. Y porque los consumidores, particularmente los que mayores responsabilidades tienen en el mundo, saben que no hay peor negocio para ellos, que una tasa de café barata, que

reduce el comercio mundial, crea desempleo, aumenta el subdesarrollo y fermenta la revolución.

El Pacto y los Estados Unidos.

Y es posible, sobre todo, porque en él está empeñado de lleno el único país del mundo que podría hacerlo imposible, que son los Estados Unidos. En 1942, cuando se cerraron todos los mercados europeos, a instancias de hombres de la visión de Carlos Lleras Restrepo, la gran nación del norte hizo sola un pacto de cuotas cafeteras tan efectivo para la América Latina, que nuestro café, que se cotizaba a cinco centavos de dólar la libra, subió, en menos de tres meses, a 16 centavos, en que fue congelado durante el tiempo de la guerra, para evitar mayores alzas. Hoy lo deseable es que todos los países, productores y consumidores, participen en él, y por eso se ha pedido que la reunión de julio la convoquen las Naciones Unidas. Pero el país clave sigue siendo los Estados Unidos, que con o sin la unanimidad, pueden hacer un pacto tan eficaz como lo fue el de 1942. Pacto cafetero habrá, sea mundial o regional, porque de octubre en adelante es imposible imaginar una América Latina libre y democrática, sin este instrumento de estabilidad económica y social. La convulsión que un fracaso del pacto traería sería apenas comparable al hundimiento de nuestra Cordillera de los Andes.

El Consorcio Financiero.

Pero el pacto cafetero sólo significa asegurar un mínimo de estabilidad y de progreso, y no es eso lo que nuestros pueblos anhelan hoy en día. Como dijo el Secretario de Estado de los Estados Unidos, "la historia está de prisa". Si hubiésemos de seguir a merced de nuestros propios recursos, aun dentro de un pacto de café que nos asegurara un ingreso mínimo constante, nuestros esfuerzos se verían ahogados por simples factores demográficos, y todos los días seríamos más pobres, más analfabetos, más propensos a la barbarie, a la esclavitud y al servilismo. Y no sería aventurado predecir que en medio siglo, con el vertiginoso crecimiento de la población, tendríamos entre nosotros el macabro espectáculo de las grandes ciudades de la India, con sus millones de mendigos sin techo,

sin pan y sin vestido, durmiendo sobre los enlosados de las calles y comiendo raíces y hojas en competencia con las bestias.

Tenemos que crecer a una rata de desarrollo que cree acomodo para la nueva gente, al tiempo que mejore las condiciones de la actual, que no son satisfactorias. O parodiando a un célebre, aunque discutido presidente del Brasil, Juscelino Kubitschek, hay que hacer cincuenta años de progreso en diez. A esta aceleración del desarrollo económico han tendido todos los movimientos de los últimos años en América, como única solución a la tremenda disparidad entre los Estados Unidos y los países abajo del Río Grande y en ello se inspiran la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy y los pactos de Punta del Este y Bogotá. Para ello se necesitan recursos adicionales en cantidad constante y suficiente, que es lo que se busca dentro de la nueva técnica de los consorcios financieros internacionales, grupo de bancos, agencias y gobiernos que se constituyen voluntariamente en garantes de la cumplida ejecución de un plan.

Para esto es para lo que ha venido preparando al país el actual Gobierno del Frente Nacional, en un esfuerzo que coronará muy pronto. Hoy mismo en Bogotá, el Comité ad hoc de la Alianza para el Progreso, y una comisión del Banco Internacional en Washington, se preparan a recomendar el Plan General de Desarrollo a entidades y gobiernos americanos y europeos para la formación del consorcio financiero. Y la misión, que recorre a Europa, lo ha presentado ya con pleno éxito a la Comunidad de Desarrollo Económico Mundial y a los gobiernos del viejo continente. Seremos la primera nación en América y la tercera en el mundo en entrar al sistema, y estoy seguro que si éste ha tenido éxito frente a los dos más grandes problemas humanos, los de India y Pakistán, con mayor razón lo tendrá aquí, en un país ansioso de bienestar y de progreso.

La situación económica.

En los meses corridos de este año la economía nacional muestra un satisfactorio desarrollo dentro de una marcada estabilidad. A dichos índices corresponden los siguientes aumentos, comparando el primer trimestre de 1961 con el primer trimestre de 1962. En edificaciones en 18 ciudades, 21.3 por ciento en valor y 12 por ciento en extensión. En ce-

mentos, 17.7 por ciento en producción y 30 por ciento en el tonelaje de ventas de la Empresa Siderúrgica de Paz del Río. En consumos, 15.1 por ciento en ganado mayor y 14.7 por ciento en ganado mayor y menor por cabezas en 13 centros; el de gasolina, en 13.9 por ciento; en ventas de los grandes almacenes, en 21.1 por ciento. Mientras los salarios reales de la industria manufacturera mejoraron en 3.8 por ciento para los empleados y en 7 por ciento para los obreros, el costo de la vida hasta abril inclusive, había subido 2.7 para los obreros y 2.4 para los empleados, contra 5.1 y 3.8 por ciento en el mismo lapso del año anterior, respectivamente. En el mundo de los negocios, la Bolsa de Bogotá aumentó en 11.4 por ciento, lo que debe haber sido superado en abril y mayo, en que su actividad ha sido más marcada.

De otra parte, el comercio ha registrado importaciones superiores en 21 millones de dólares y ha pagado 9 millones de dólares más al exterior, que en los primeros cuatro meses del año anterior. La cartera de los bancos comerciales ha subido en 400 millones y la cartera total, incluyendo bancos oficiales, en 900. En cambio, y como signos de estabilidad, el dólar libre ha subido menos de 2 por ciento en el último semestre, restándole encantos al negocio; y los medios de pago hasta abril permanecían sensiblemente iguales, con un aumento de sólo 24 millones de pesos, o sea de un 0.4 por ciento, lo que prueba que las medidas monetarias no han sido ni excesivas ni cortas; tan sólo suficientes para absorber y contrarrestar el impacto inflacionario que la expansión de 25 por ciento en 1961 pudiera haber determinado.

Para ello ha habido que lastimar intereses privados, lo que es inexorable en todo reajuste, y así lo acusan las deliberaciones de esta Asamblea, en que se han expuesto los percances que ha tenido el comercio en la aplicación de las medidas. El gobierno está dispuesto a estudiar vuestros reclamos y a valorar, teniendo en cuenta, ante todo, los supremos intereses comunes, las soluciones propuestas.

Nada más cómodo para este gobierno tan próximo a expirar, que mostrarse complaciente y pasar por alto muchos de aquellos problemas que sólo vendrían a manifestarse y a golpear varios meses más tarde sobre la próxima administración. Pero no se sirve así al país y es preferible acumular un poco más de impopularidad, "hacerse odiar", como decía alguien, si es necesario, antes que dejar abierta, y a conciencia, una ranura peligrosa en la economía nacional.

DECLARACIONES

DEL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR JORGE MEJIA PALACIO,
PARA EL PERIODICO "EL TIEMPO", EL DIA 5 DE JUNIO DE 1962

En la mesa redonda que tuvo lugar en la Javeriana el lunes de la semana pasada, sobre devaluación, el doctor Hernán Jaramillo Ocampo, refiriéndose a sus declaraciones en Santa Marta, hacía esta pregunta: "Si el dólar al 6.70 no es barato, ¿por qué el gobierno no lo vende?" ¿Qué opina usted, señor ministro?

—Que el Gobierno sí está vendiendo dólares al 6.70, y muchos. Tantos cuantos le demandan los importadores. Todos los martes y los viernes, el Banco de la República, en un "remate" simbólico, viene satisfaciendo la demanda total, sin limitaciones. En lo que va corrido de este año, se han vendido 215 millones en certificados a dicho precio, y en lo que falta se venderá otro tanto, cuando menos. Hasta ahora no sé de ningún importador al que se le hayan negado dólares para sus pagos en el exterior o a precio distinto al 6.70.

Lo que ocurre es que se confunden las licencias de importación con los certificados de cambio para pagar dichas importaciones. Las primeras están limitadas por muchas razones; a veces por seguridad o salubridad, como en el caso de las armas de fuego o de estupefacientes como la cocaína o la morfina; otras, como para artículos de lujo, porque el Estado cree que no se deben malgastar los limitados recursos financieros de la nación; otras, como para bienes no esenciales, porque se quiere que la inversión vaya a lo más productivo, y otras, como para la formación de inventarios, porque el país no puede darse el lujo de tener capitales ociosos. Esto ocurre en todos los países en mayor o menor proporción y ni siquiera los Estados Unidos de América están exentos de ciertas limitaciones. Un norteamericano que regresa a su país de un viaje

al exterior, por ejemplo, sólo puede importar artículos hasta por 100 dólares, es decir, mucho menos que un colombiano.

Por otra parte, las licencias de importación nada tienen que ver con la rata de cambio, porque ellas son simples permisos para la importación de un determinado artículo, sin que se garantice el precio. Esto sólo se determina cuando el importador, una vez nacionalizada la mercancía, se presenta a uno de los "remates" del Banco de la República a comprar certificados de cambio para hacer el correspondiente pago al exterior. De manera que cuando se expide o se niega una licencia, no se está pensando en el tipo de cambio. Se está pensando en el artículo cuya importación se pide y aun en las disponibilidades de divisas para cuando tal importación se haga efectiva. Pero no en el precio a que se venderán estas últimas.

Si las licencias de importación son restringidas, los certificados de cambio, para pagar obligaciones en el exterior, no tienen limitación alguna. El gobierno vende y seguirá vendiendo, todos los martes y viernes, esos certificados al 6.70 y en la cantidad que a bien tengan demandarle los importadores.

—El doctor Jaramillo Ocampo agregaba que las mercancías se están encareciendo aunque se importen con base en el 6.70 porque como se trata de una oferta escasa, regulada, interferida, administrada, fatalmente habrá una escasez de mercancías. ¿Qué nos dice de ello, señor ministro?

—Que no entiendo el planteamiento ni mucho menos la consecuencia, porque aunque fuese así, lo que se está buscando con la devaluación es exactamente lo mismo: disminuir las importaciones, lo que necesariamente produce escasez de mercancías. En este caso tendríamos al importador encareciéndolas para el público, ya no por deshonestidad sino por necesidad. El encarecimiento de hoy, lo he dicho y lo repito, es un acto de inmoralidad comercial que debe corregirse por otros medios, ya que devaluando no vamos a mejorar la moral de los que no la tienen. Por el contrario, devaluando legalizaríamos, por así decirlo, el acto deshonesto que el doctor Jaramillo Ocampo afirma están cometiendo algunos al valorar sus existencias e inventarios actuales por lo que él llama el tipo de cambio real, cuyo nivel no fija, y no por el tipo de cambio de subsidio, como él denomina al 6.70.

—Afirmaba el doctor Jaramillo Ocampo que la devaluación estaba hecha porque se había roto el equilibrio alcanzado

en 1959 entre el volumen de moneda nacional y el ingreso de divisas, y cuyo producto fue el 6.70. Y hablaba de "devaluación reprimida". ¿Cuál es su opinión, señor ministro?

—En primer lugar, el doctor Jaramillo Ocampo pone como año básico, para probar su aserto, el de 1959 al decir: "Con los factores existentes en 1959 existía un tipo de cambio real al 6.70". Pero resulta que en 1959 no hubo cambio al 6.70; el cambio estaba al 6.40. Fue en abril de 1960 en que se hizo el último reajuste, o la última devaluación para hablar más propiamente, quedando desde entonces estabilizado al 6.70.

Rectificado este punto, y sin salirnos del sistema propuesto por el doctor Jaramillo Ocampo, tenemos que en 1960 los medios de pago llegaron a 4.103 millones de pesos y las entradas totales en divisas a 459 millones de dólares. Lo que da una proporción de 8.94 pesos por cada dólar. En 1961 esa proporción fue más favorable, porque con medios de pago en 5.100 millones de pesos, hubo entradas totales de divisas por 615 millones, lo que da 8.30 pesos por cada dólar. El equilibrio lejos de deteriorarse se mejoró. Y lo propio estamos tratando de hacer en el presente año, con pleno éxito hasta el presente.

Pero ya veo que el doctor Jaramillo Ocampo me va a decir que en las entradas totales de divisas de 1961 y 1962 están contabilizadas las provenientes del crédito externo a corto, mediano y largo plazo y que la proporción de que él habla es la de los medios de pago contra entradas ordinarias de dólares. Aquí sí tenemos una diferencia fundamental, con repercusiones sobre todos los planteamientos ulteriores, y es en la manera de mantener ese equilibrio. Pues mientras él piensa que cada vez que se rompe hay que devaluar, yo creo que hay que revaluar acudiendo al crédito externo, a fin de mantener la estabilidad que es un factor decisivo para el desarrollo económico. En conclusión, el equilibrio no se ha roto, porque si bien las entradas ordinarias de divisas han bajado mientras los medios de pago han subido, aquéllas se han visto reforzadas por ingresos extraordinarios de dólares que han venido a suplir las deficiencias.

—Pero el doctor Jaramillo Ocampo, señor ministro, dice que no es necesario organizar una política de déficit de la balanza para hacer desarrollo económico, y cita como ejemplo la década de 1946 a 1955, en que se pudo mantener una

alta tasa de desarrollo con balanza equilibrada. ¿Qué nos dice al respecto?

—Cuando no había “Alianza para el Progreso” ni Acta de Bogotá, ni Carta de Punta del Este, ni Consorcios Financieros Internacionales, ni teorías sobre desarrollo acelerado, el sistema favorecido por el doctor Jaramillo Ocampo no solamente era aconsejable sino obligado, ya que el desequilibrio de la balanza era la quiebra, muchas veces con suspensión de pagos como en la crisis de 1930 y otras con intervención de los marinos, como aconteció en varios países del Caribe en la década de 1920. El progreso que se logró fue relativo, sobre todo por la falta de continuidad en el volumen de ingresos. Una baja del café acababa con el mejor de los esfuerzos.

Hoy en día las cosas son distintas, porque se trata de darle no sólo continuidad sino velocidad al desarrollo económico de estos países. Y en Punta del Este, los artífices afortunados de la Carta, entre los cuales se cuenta el doctor Jaramillo Ocampo, nos autorizaron para fijarnos más en la tasa de desarrollo a obtener que en la balanza de pagos, en la seguridad de que obtendremos ayuda para esta última y que si los marinos vuelven es para traer dicha ayuda y no para cobrarse por la fuerza. En Colombia resolvimos seguir esos consejos y adoptar un plan con una rata de crecimiento del 5.6 por ciento anual, para cuya ejecución y dadas las circunstancias actuales de nuestro comercio exterior, tendremos que salirnos del equilibrio cambiario por diez años, al final de los cuales debemos haberlo recobrado en forma plena y duradera. Por eso he dicho en varias ocasiones que el objetivo inmediato de nuestra política no es el equilibrio cambiario, sino el desarrollo económico, así sea con divisas ajenas.

Y es aquí en donde el doctor Jaramillo Ocampo está en total discrepancia. Al efecto, en otro aparte de su exposición dice: “De manera que la tesis del señor ministro de que debemos organizar una política con balanza de pagos desequilibrada, como un supuesto del desarrollo económico, no tiene comprobación histórica. ¿Por qué no organizamos una política de desarrollo con base en un programa de verdad en cuanto al tipo de cambio?”

Si siguiéramos estos consejos tendríamos que abandonar el Plan General de Desarrollo Económico y proyectar otro de proporciones infinitamente menores. Porque esa verdad nos llevaría a tener que reducir el volumen de nuestras

importaciones a 23 o 25 millones de dólares mensuales como máximo, que es lo que producen nuestras exportaciones. Lo que se opone diametralmente al Plan General de Desarrollo que está empezando a demandar importaciones por 46 millones de dólares mensuales como mínimo, entre los cuales 35 millones reembolsables. Con balanza equilibrada no habrá plan porque este mismo presupone ese desequilibrio de carácter temporal a fin de que las inversiones que se hagan con los recursos extraordinarios produzcan, al término de los 10 años, lo necesario para recobrar tal equilibrio.

No siendo, pues, el equilibrio cambiario el objetivo inmediato de nuestra política, lo pertinente es defender el tipo de cambio que tenemos, que es el patrón sobre el que se ha reestructurado la vida del país; y no lanzarnos a una temeraria aventura devaluacionista que favorece o no afecta al pudiente, pero castiga sin piedad a los pobres. Creo que ese es el verdadero sentido de la frase del Presidente Kennedy, citada por el doctor Jaramillo Ocampo, y que dice: "Si las sociedades libres quieren salvar a los pocos que son ricos, tienen que defender a los muchos que son pobres". Al menos toda su política está orientada a mantener el poder adquisitivo del dólar y a evitar a todo trance la devaluación, así tenga que pelear con los magnates del acero para que no suban los precios o con los sindicatos para que no alcen los salarios. Si la devaluación fuera lo mejor, los Estados Unidos la hubieran aceptado para poner fin al tremendo drenaje de reservas de oro que han venido padeciendo. Pero han preferido luchar por la estabilidad, en lo cual estamos tratando de imitarlos en Colombia.

—Pero el doctor Jaramillo Ocampo dice que se está planeando una devaluación por dentro con la reforma del arancel que encarecerá en un 30 por ciento el dólar de importación. ¿Qué nos dice de ello, señor ministro?

—No tengo idea de ninguna reforma del arancel que eleve en total o en promedio las incidencias en un 30 por ciento. Esto es exagerado. La reforma que se ha venido estudiando es de carácter técnico y económico más que fiscal, pues tiende a adaptar el arancel a los fines del Plan General de Desarrollo y a hacerlo un instrumento efectivo de estímulo a la producción nacional. En tal virtud, hay artículos que se elevan para proteger los producidos en el país o estimular que se produzcan o por considerarlos no esenciales; otros se estabilizan y otros se rebajan para facilitar su importación.

Hay una reestructuración de la cual saldrán afectadas hacia el alza o hacia la baja las distintas incidencias. Y si éstas se consideran, como las considera el doctor Jaramillo Ocampo, componentes del tipo de cambio, habrá dólares al 2.000 y dólares a sólo el 6.70 como aquellos en que no hay gravámenes. Por lo tanto, unos hablarán de devaluación por dentro y otros no, dependiendo del artículo que importen y de la incidencia que pese sobre él. Hoy mismo existe esa diferencia y por lo tanto no es nada inusitado o nuevo.

—Todo indica que hay un gran cisma en la escuela de Manizales. ¿No es cierto, señor ministro?

—Evidentemente lo hay, pero tiene sus explicaciones. Porque la escuela de Manizales ha tenido varias épocas. La primera, fue la del papel moneda cuyo máximo exponente fue Nepomuceno Mejía, el mejor banquero que ha producido aquel Departamento. El "Mono" era gerente del Banco de Caldas y allí emitía cédulas con garantía en el oro que aún no se había sacado de las minas del Zancudo y la Coqueta o en propiedad raíz. Y con esas cédulas se financió la colonización del Departamento, la construcción de sus ciudades y caminos y la industria cafetera. Su único instrumento era la confianza.

Luégo, cuando se fundó el Banco de la República y se centralizó el poder de emisión, vino la era de los empréstitos externos, cuyo exponente fue Aquilino Villegas. El quiso aplicarle a Caldas lo que hoy queremos aplicarle al país: la aceleración del desarrollo económico a base de ayuda financiera externa. Así planeó la red de cables aéreos, más rápidos de construir que los ferrocarriles y las carreteras, que iban hacia Antioquia, el Tolima y la costa del Pacífico a través del Chocó, en un afán de llegar cuanto antes a esos puntos que él consideraba vitales para el desarrollo económico de Caldas. La crisis de 1930 quebró aquellos planes, lo que Dios quiera no nos vaya a ocurrir con los nuestros en la presente época.

Entrada la crisis, vino la época de la austeridad, por decirlo así, dentro de la cual don Sinforoso Ocampo podría ser su máximo exponente. Como gerente del Banco de Colombia se ufano siempre de no haber perdido un centavo. El encarnaba el equilibrio, la prudencia.

Ahora parece que se está abriendo una nueva época, la de la devaluación, de la cual podrían ser exponentes el doctor Jaramillo Ocampo y don Pedro Uribe Mejía. Como yo no comulgo con ella, he resuelto devolverle la presidencia al

doctor Jaramillo Ocampo y volverme a la escuela de Chinchiná, por mi pueblo natal, del cual fue vecino por muchos años Aquilino Villegas cuando predicaba, sentado sobre un bulto de panela, en la tienda de don Ramón Márquez, sobre cables aéreos y puertos sobre el Pacífico financiados con los dólares norteamericanos. Las diferencias de las dos escuelas son fundamentales, a saber:

La escuela de Manizales subordina el desarrollo económico al equilibrio cambiario, mientras que la escuela de Chinchiná pone todo su énfasis en el desarrollo económico, así sea con desequilibrio cambiario.

La escuela de Manizales tiene como instrumento regulador la devaluación, y cada vez que el equilibrio se rompe lo usa sin contemplaciones. La escuela de Chinchiná cree que con los instrumentos modernos de cooperación internacional, los desequilibrios temporales de balanza se deben subsanar con inyecciones de moneda extranjera para no sacrificar la estabilidad.

La escuela de Manizales cree que los precios internos del café son un problema doméstico que debe resolver el país con devaluaciones sucesivas. La escuela de Chinchiná cree que los precios internos del café dependen de los precios externos y que estos últimos deben ser sostenidos y mejorados por los norteamericanos y los europeos, que son los que consumen el producto, y aboga por los pactos.

REPORTAJE

CONCEDIDO A "MONITOR" EL DIA 5 DE AGOSTO DE 1962

—Señor ministro: el presidente de Fenalco, en el último discurso de Ibagué, se pronunció en contra de los nuevos impuestos, alegando que con ellos el sector privado no podría cumplir las metas que le han sido asignadas en el Plan General de Desarrollo Económico. ¿Qué nos dice sobre esto?

—Aprecio mucho las altas calidades técnicas del nuevo presidente de Fenalco y, por lo tanto, sus opiniones. Desafortunadamente en este punto ellas no están de acuerdo con las de las dos misiones técnicas extranjeras que evaluaron el Plan General y recomendaron su financiamiento. Dichas misiones, la del Banco Mundial y la del Comité ad hoc de la Alianza para el Progreso, no sólo estudiaron sino que fijaron el papel que corresponde al sector privado dentro del Plan General y la manera como se le debe apoyar y estimular. Sin embargo, se expresan así en materia de nuevos tributos:

"De acuerdo con este y otros factores, dice el Banco Mundial, las metas de ahorro sólo podrán ser logradas si se adoptan medidas adicionales para obtener un incremento en el rendimiento tributario de cerca de 300 millones de pesos en 1962, de 600 millones de pesos en 1963 y, aproximadamente, de 1.000 millones de pesos en 1965, o sea, un promedio de 675 millones anuales. Este es un volumen grande de incremento en la tributación, pero parece factible. Es evidente que si Colombia quiere continuar el proceso de una contribución interna adecuada a la financiación de la inversión pública y efectuar los avances necesarios en muchos aspectos sociales, especialmente en educación, un esfuerzo tributario de la magnitud descrita debe ser propiciado".

Y el Comité ad hoc, dice:

"A fin de asegurar el ahorro interno necesario, para llevar a cabo esas inversiones (las públicas), el esfuerzo y el sentido de sacrificio del

país tendrán que ser mucho mayores que lo que han sido en el pasado. De otro modo no será posible realizar el volumen de inversiones que se programa. . . . Por otra parte, teniendo en cuenta los enormes beneficios que se derivan del desarrollo económico y social, este esfuerzo representa una contribución justa y razonable”.

Como usted ve, no se trata de una invención del gobierno ni de cubrir déficit de esta o de vigencias pasadas, como lo afirman ligeramente algunos. Se trata de aumentar la inversión del sector público, como parte esencial en la ejecución del Plan. El sector privado tendrá otras compensaciones pero puede y debe hacer, en concepto de los técnicos, un sacrificio mayor para su propio beneficio, ya que todo progreso económico favorece a los hombres de negocio y dentro de ellos a los afiliados de Fenalco, que venderán más a medida que el pueblo tenga más para comprar.

—Señor ministro: el presidente de Fenalco parece que concuerda con usted en que esos recursos son necesarios para ejecutar el Plan, pero sugiere que para que las cargas no sean tan fuertes, se vaya más despacio. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Yo le respondería con la frase del Secretario del Tesoro de los Estados Unidos: No podemos ir más despacio porque “la historia está de prisa”. Porque esta frase resume toda la inquietud y el afán de nuestro tiempo. Antes íbamos más despacio, y fue ello lo que nos ha llevado a situaciones amenazantes en el orden económico, en el orden social y en el orden político. El problema no es solamente de doctrina o de sistema, sino también de tiempo. Por eso las repúblicas americanas resolvieron en Punta del Este, con la colaboración plena de los Estados Unidos, cambiar en diez años toda la estructura económica y social del continente, y están poniendo en marcha programas y recursos para obtenerlo. Yo no creo que sea sensato que Colombia, que es el país que ha dado todos los pasos para merecer la cooperación internacional prevista en la Carta de Punta del Este, vaya a echar pie atrás ahora por no incomodar a sectores pudientes en cuyo beneficio y por cuya seguridad se está haciendo también este magno esfuerzo. La historia está de prisa y no tenemos tiempo.

—La Andi, señor ministro, en comunicado provisional no ataca propiamente los impuestos pero dice que el recargo indiscriminado puede traer perjuicio para la inversión privada,

porque debilita el ahorro. ¿Podría hacer algún comentario sobre ello?

—Esta es una actitud distinta. El gobierno no pretende haber cerrado el debate. Ha hecho una propuesta que considera aceptable, y ahora el congreso, el país y, en el caso presente, el gobierno que se inaugura el 7 de agosto, tienen la palabra. Si encuentran mejores soluciones, magnífico para todos. La Andi, lo mismo que los otros gremios, tienen acceso a las comisiones del congreso y podrán cooperar con él para la mejor solución del problema.

Lo que interesa vitalmente al país, porque de ello dependen la ejecución del Plan General, y la cooperación financiera internacional en grande escala, es que nos pongamos de acuerdo en un punto: hay necesidad de hacer más sacrificios por un tiempo. Sacrificios del orden de los 500 o de los 600 millones de pesos anuales. Lo demás es buscar de dónde deben salir y a quién deben gravar.

En el proyecto de presupuesto de 1963, el gobierno ha utilizado al máximo los recursos del crédito, y propone recortes y severidad en los gastos burocráticos, y una revisión de todo el servicio administrativo para hacerlo más eficaz y menos gravoso, por medio de una comisión de alto nivel, semejante a la Comisión Hoover de los Estados Unidos. No parece posible ir más allá, y lo que falta hay que cubrirlo con nuevos impuestos. No hay otra alternativa.

—La objeción fundamental es que se trata de una cuota especial, pagadera por todos los contribuyentes, y no de un reajuste de tarifas que podría ser más técnico. ¿Cambiaría usted el sistema si el último produjese lo mismo?

—Yo no soy partidario de entrar en reformas de fondo a una reforma tributaria que apenas estamos acabando de experimentar. Se le pueden hacer a ésta ajustes definitivos en sus puntos débiles, con base en la experiencia del año pasado y del presente, y a esta categoría pertenecen las propuestas sobre ganadería y división de renta de trabajo entre cónyuges. Pero no es aconsejable entrar a modificar su estructura, ya que se trata de una ley buena al decir no de nosotros, sino de reputados críticos internacionales. La cuota de desarrollo es transitoria y debe mantener su carácter de transitoriedad para que no se vuelva definitiva. Incorporarla al cuerpo mismo de la ley es consagrarla para eterno.

—¿Qué alcance tiene, señor ministro, otra disposición que se encuentra en los proyectos de impuestos y en virtud de la cual quienes tengan rentas gravables de menos de tres mil pesos se limitarán a presentar la declaración con estampilla, quedando con este acto a paz y salvo con el fisco?

—Se trata simplemente de hacer economías. Hoy existe cerca de un millón de declarantes cuyo impuesto está entre los cincuenta centavos y un peso. En total producen menos de tres millones de pesos. Pero procesar hasta el final aquellas declaraciones le vale al Estado por lo menos 20 millones. De ahora en adelante, si se aprueba el artículo, seguirán dentro del número de contribuyentes presentando su declaración, pero pagarán simplemente la estampilla. El gobierno podrá destinar su personal a la liquidación oportuna de las rentas importantes.

—El optimismo patente de sus discursos y declaraciones sobre el estado de la economía nacional, contrasta con las apreciaciones escépticas y pesimistas del hombre de la calle. ¿Cómo explica esa contradicción?

—Yo no soy el único optimista. Fuera de Colombia todo el mundo lo es y de aquí el gran prestigio que tiene en el exterior nuestro país en estos momentos. Y hay grupos muy importantes de colombianos en Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga, Barranquilla, que son optimistas, y cuyo optimismo se está traduciendo en progreso del país. Por desgracia hay también pesimistas, como usted lo dice, unos por vocación y otros por cálculo.

Pero cómo no ser optimista frente a un país que hoy está a la cabeza de la América Latina en planes, en programas en ejecución, en crédito externo y en posibilidades financieras indefinidas. Cómo no ser optimista cuando el peso colombiano es la única moneda estable y aun en vías de valorización, frente a la inestabilidad de muchas otras, incluso el mismo dólar. Cómo no ser optimista sobre un país que tiene en el exterior a su disposición, como saldo sin utilizar de empréstitos ya firmados, la suma de 200.092.611 dólares, y al cual le acaba de ser presentado por el Banco Internacional un plan de financiación para nuevas obras en los próximos diez y siete meses por 372 millones de dólares. Cómo no ser optimista de un país que, entre el bochornoso espectáculo de América, acaba de dar la más alta muestra de civilismo al prolongar la vigencia del Frente Nacional y elegir al doctor Guillermo

León Valencia, con el voto conjunto de los dos grandes partidos. Lo imposible aquí es ser pesimista, y quienes lo son o lo aparentan ser, lo hacen por prurito o por cálculo.

—Según las cifras conocidas, el presente gobierno entrega unas finanzas con déficit en las cuentas básicas. ¿No creará esto problemas al nuevo régimen?

—Como decía el doctor Pacho Pérez en nota que quiero agradecerle, la verdad fiscal ha quedado establecida. Hubo un déficit el año pasado que la Contraloría General de la República certificó provisionalmente en 238 millones de pesos, y el gobierno ha propuesto al congreso que ese déficit se cubra de inmediato con recursos del crédito, para que no siga presionando sobre la Tesorería. Si el congreso actúa en tal sentido, esta dificultad, que nosotros hemos tenido que soportar durante ocho meses, quedará resuelta. El presupuesto que se está ejecutando tiene un déficit de ingresos, que puede calcularse en 583 millones de pesos. Hay que evitar que este desequilibrio se consolide en un déficit fiscal, para lo cual el actual gobierno aplazó gastos de inversión y de funcionamiento por 255 millones. Lo que sumado a otros recursos, pone el déficit fiscal probable en 200.1 millones de pesos, si se ejecuta totalmente el resto del presupuesto. Parte de este déficit podría enjugarse si se aprobaran rápidamente las autorizaciones al gobierno para modificar el arancel de aduanas y el impuesto sobre masa global hereditaria, asignaciones y donaciones, y la otra parte sería más fácilmente manejable si se aprobara en la Cámara la autorización para elevar el cupo del gobierno en el Banco de la República. Ese es el problema en términos generales y no es del otro mundo manejarlo.

—Pero el senador Juan José Turbay afirmó el jueves en el Senado que el déficit no es de 238 millones sino de 1.500. ¿Qué hay de cierto en esto?

—Creo que se trata de un ingenioso truco opositor del senador Juan José Turbay. Porque si por déficit se considera la diferencia entre ingresos ordinarios y gastos, hay efectivamente un déficit en la vigencia pasada, que la Contraloría analiza así: "Al no haberse hecho uso de los recursos provenientes de operaciones del crédito para atender los gastos comunes y ordinarios de la administración y los de inversión en obras de fomento y de beneficio social, en cuantía de \$ 937.777.020.10, el déficit presupuestal liquidado para

el ejercicio hubiera ascendido a la suma considerable de 1.159.292.502.25, cifra que representa exactamente la tercera parte del monto de gastos e inversiones del presupuesto de la vigencia". Pero ese no es el déficit fiscal definitivo, ya que a los recursos ordinarios se les suman los provenientes de operaciones del crédito, autorizados por la misma ley de presupuesto u otros actos del congreso o del Gobierno, y es la diferencia entre la totalidad de estos recursos ordinarios y extraordinarios y la totalidad de los gastos lo que se configura definitivamente como déficit fiscal. La Contraloría en esta forma llega a certificarlo provisionalmente en 238 millones de pesos.

—¿Es cierto que el gobierno entrega una tesorería exhausta?

—Las tesorerías todas viven exhaustas. Basta ver la de los Estados Unidos, que vive prestando dinero al público en cifras de billones de dólares. Pero ya lo he dicho en mi introducción a la Memoria de Hacienda, que hay y habrá dificultades de tesorería mientras el congreso no acepte la financiación del déficit de 1961, especialmente. Y las hay porque en este año con un presupuesto a todas luces deficitario, por lo menor de los ingresos a los aforos que hizo el congreso, ha habido que soportar el déficit de 1961, más cuentas de vigencias anteriores, todo ello en total de 598.4 millones de pesos.

Con todo, las perspectivas de mi sucesor son mejores que las que me tocaron a mí, porque va a recibir en cuatro meses, de septiembre a diciembre, tanto ingreso del impuesto sobre la renta y complementarios, que es la fuente básica del fisco, como el que me tocó recibir a mí de enero a agosto, o sea en ocho meses. Porque aquí los tributos mayores como el de la renta se colectan por trimestres, como si los sueldos se pagaran también por trimestres y en forma tal que, como decía antes, el 50% entra en ocho meses, mientras que el otro 50% ingresa en cuatro. Por eso el comité de los sabios aconseja que se implante el recaudo en la fuente cada mes. En atención a esto, presenté al congreso pasado y fue aprobado por el Senado, un proyecto ampliando el cupo del gobierno en el Banco de la República, el cual está en la comisión tercera de la Cámara, que ojalá lo apruebe cuanto antes. Además, este gobierno no ha hecho uso de un crédito en el Banco de la República para compensar el déficit por la abolición del impuesto cafetero, que es de 75 millones de pesos. Si el congre-

so financia el déficit de 1961, y aprueba la ampliación del cupo, habrá recursos extraordinarios por más de 450 millones de pesos mientras los ordinarios por las dos cuotas de impuestos, septiembre y diciembre, podrán llegar cómodamente a mil millones.

—¿Los diversos factores que condicionan el estado actual de la economía nacional, no serán gérmenes de una crisis a seis meses o más?

—Lo que está en germen, con los saldos disponibles en el exterior por 200 millones, como le dije antes, y el programa de financiaciones para los próximos diez y siete meses de 372 millones de dólares cuando menos, es la más sólida prosperidad. Les quedará muy difícil a los pesimistas y alarmistas arruinar este proceso, como tan afanosamente lo pretenden, porque está bien cimentado tanto aquí como en el exterior. Ayer no más se dio la noticia de que el 8 se hará la primera reunión preliminar de los posibles integrantes del Consorcio Financiero o Grupo de Consulta en Washington. Y el Presidente Valencia tiene las seguridades directas del Presidente Kennedy de que habrá la más amplia cooperación financiera y técnica para su gobierno. Y el pacto del café estará concluido para fines de agosto, según nuestros delegados en dicha reunión. Colombia será un país próspero aun contra los deseos y cálculos de muchos colombianos.

—El Gobierno actual ha fundado los planes futuros en más impuestos y un creciente endeudamiento del país. ¿En un determinado lapso estos hechos no generarán una grave situación?

—Aquí hay gentes que se espantan de estas cosas. La escuela de Chinchiná apenas está en sus albores. Por ejemplo, ayer leía en un prominente diario antioqueño algo por el estilo. Decía que aunque los empréstitos eran necesarios para el desarrollo, debíamos cuidarnos de ellos para no arruinar el crédito externo. No sé cuándo van a entender que este endeudamiento planeado del país para financiar el Plan General de Desarrollo, nunca podrá conducir a la quiebra del crédito externo. Porque son los mismos organismos financieros internacionales que van a dar el dinero, los que incluso han aumentado las partidas anuales de ayuda exterior, considerando que nuestras propuestas iniciales fueron demasiado tímidas. Hay que entender que el mundo de hoy no es el mismo de hace 30, 15, 10, ni siquiera el de ahora cinco años; que la cooperación entre naciones no

es un mito; que los empréstitos no son los de los años 20, en que Wall Street dominaba y arruinaba con ellos en un afán de lucro imperialista. Hoy existe una conciencia de que hay que mejorar la vida de estos pueblos, ayudándoles a desarrollar sus riquezas y a crear o a fortalecer sus economías, empresa que está tomando el carácter de un deber ineludible de los poderosos para con los débiles, hasta el punto de que hoy se considera como una obligación.

—En diversos sectores de la opinión pública hay pesimismo por el futuro del café. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Creo que Nueva York les dará muy pronto la respuesta. Según nuestros informes, el convencimiento de la necesidad de un pacto y el deseo de que se haga cuanto antes, han progresado visiblemente en la última semana, especialmente en el lado europeo y africano. Creo que habrá pacto y con él estabilidad para esta industria, lo que a su vez será estabilidad para la economía de la nación.

—¿Cree usted, que el país podrá mantener por mucho tiempo el cambio al 6.70 para las importaciones?

—Tanto cuanto quiera, porque si hasta ahora hemos podido defender dicho tipo de cambio con déficit anuales de consideración, difíciles de saldar, con mayor razón lo podremos hacer el año entrante en que las financiaciones exteriores previstas nos aseguran equilibrio. La devaluación sería la catástrofe; lo único que podría arruinar todo este esfuerzo pasado; lo que nos llevaría a situaciones sociales y de orden público casi incontrolables. Yo he peleado una de las más duras batallas contra la devaluación, y creo que el país ha visto que sí es posible cambiar las condiciones desfavorables, muchas de ellas perfectamente artificiales. Y mi mensaje al país en esta última entrevista, sería el de que siga batallando contra todo intento de devaluación porque no es necesaria y en cambio sí es funesta. Que en el valor del peso colombiano ponga tanto de honor, como en su propio escudo, para defenderlo sin timideces ni reservas.

Déjeme ahora que les dé las gracias por la magnífica cooperación que me han prestado en estos ocho meses. Mi asociación con la prensa colombiana hablada y escrita, se ha rejuvenecido en este lapso, y siempre he sido en el Ministerio un colega de ustedes como en los buenos tiempos de "La Patria" de Manizales.

DECLARACIONES

DEL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR JORGE MEJIA PALACIO,
PARA EL PERIODICO "EL TIEMPO", EL DIA 7 DE AGOSTO DE 1962

—Señor ministro: usted, que tiene fama de ser un hombre objetivo y que por haber estado tanto tiempo en el exterior es imparcial, ¿qué concepto tiene de la administración Lleras en general?

—A mi modo de ver, la revolución iniciada por el Presidente Lleras, y que ahora continuará con vigor creciente el Presidente Valencia, es la verdadera respuesta de América a la revolución de Fidel Castro. Ambas tienen los mismos objetivos de progreso económico y social, la primera dentro de la libertad, la segunda por la esclavitud. Con el resultado por contraste, de que mientras en Colombia el mayor problema es el exceso de alimentos, en Cuba están llegando a racionamientos tan drásticos como los de los países beligerantes durante la segunda guerra mundial.

Tanto es así, que el acta de Punta del Este, que es el desafío colectivo de América a la ingerencia marxista-leninista, no hizo otra cosa que recoger en esencia lo que Lleras había pensado ya para Colombia y estaba ejecutando. Porque cuando aquel documento se firmó hace un año cabalmente, Colombia había establecido adecuados organismos de planeación; elaborado un plan cuatrienal de inversiones públicas; trabajado intensamente en la redacción de un Plan General de Desarrollo de diez años; aprobado la reforma tributaria e iniciado la discusión sobre la reforma agraria. Fue una anticipación afortunada que nos coloca en primera fila en la movilización para el progreso del continente.

—¿Cuáles son, señor ministro, las grandes innovaciones a que usted se refiere?

—En primer término, Lleras quiso darle contenido económico y social al sistema del Frente Nacional y, en correspondencia, al período político de diez y seis años. Buscó el Plan General de Desarrollo a largo plazo y como objetivo fundamental del sistema. Por eso su obra no puede juzgarse simplemente por sus desarrollos materiales, no obstante haber realizaciones tan importantes como la terminación del Ferrocarril del Atlántico. Son sus proyecciones hacia el futuro las que verdaderamente cuentan, y el balance definitivo sólo lo dirá el final de este ensayo de civilismo y convivencia.

Ahí tiene usted la planeación. Aquí había habido intentos en tal sentido, como el realizado por la primera misión del Banco Mundial y que presidió el profesor Currie, con grandes beneficios para el país. Lo mismo la del Padre Lebret, de tipo más acusadamente social-cristiano. Yo mismo abrí el primer Consejo de Planeación en 1952 como Secretario General, aunque mi permanencia allí fue demasiado breve. Pero fue la administración Lleras la que supo darle toda la autoridad y la importancia a este organismo al ponerlo bajo su inmediata dirección. Los resultados son el plan cuatrienal de inversiones públicas y el Plan General de Desarrollo de diez años, dos documentos que han resistido la crítica internacional de dos misiones, y merecido ser recomendados para su financiamiento. Pues bien: planeación apenas está empezando su labor. La ejecución y el control del Plan General de Desarrollo, es una obra que requerirá años de intenso trabajo. Y su mantenimiento, en la forma en que ha venido trabajando, es vital para Colombia.

—Sin embargo, señor ministro, hay colombianos muy escépticos sobre dicho Plan, que consideran irrealizable. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Indudablemente lo importante no es redactar un plan sino hacerlo factible, creando las condiciones necesarias para que se ejecute, que es lo que ha hecho la administración Lleras. Lo primero era restablecer el crédito externo de la nación, obra que ya había empezado con acierto la Junta Militar. En este sentido, Colombia es un ejemplo, ya que en un cuatrienio canceló atrasos que llegaron a los 400 millones de dólares. Ningún país latinoamericano ha hecho un esfuerzo semejante con mayor éxito. Esto era esencial porque el Plan no podrá ejecutarse sin la ayuda financiera masiva del exterior, la que se ha logrado obtener sin restricciones ni limitacio-

nes de cuantía. Todo proyecto bueno ha tenido y tendrá financiación.

Al efecto, nuestras financiaciones en el exterior, en las principales agencias internacionales de crédito, arrojan hoy la siguiente cifra, que muestra de por sí la firmeza de nuestra posición externa:

	Millones de dólares.		
	Monto total	Utilizado	Sin utilizar.
Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento	270.1	155.4	114.7
Asociación Internacional de Fomento (IDA)	19.5	2.4	17.1
Banco Interamericano de Desarrollo (BID)	51.7	2.5	49.2
Asociación Internacional de Desarrollo (AID)	20.0	2.9	17.1
Export & Import Bank	2.0	—	2.0
	<hr/> 363.3	<hr/> 163.2	<hr/> 200.1

—¿Y para qué fueron contratados estos empréstitos y cuál la inversión que se les ha venido dando?

—Esta suma se empleará toda en proyectos específicos relacionados con el desarrollo económico del país y con su mejoramiento social. Ello puede verse por la lista de obras que se están ejecutando con ellos, y que es la siguiente:

Proyectos	Saldo disponible
BIR Ferrocarriles Nacionales	2.485.532
Carreteras	17.861.192
<i>Electricidad:</i>	
a) Anchicayá, C. V. C.	15.541.296
b) Central de Caldas	689.663
c) Medellín	22.089.832
d) Bogotá	56.033.030
IDA Carreteras	17.092.066
BID <i>Acueductos:</i>	
a) Medellín	5.500.000
b) Cartagena	6.100.000
c) Cali	2.300.000
d) Cúcuta	5.200.000
e) Instituto de Fomento Municipal	15.000.000
Inscordial para vivienda	13.800.000

Proyectos	Saldo disponible
<i>Estudios:</i>	
a) Planeación	500.000
b) Corporación del Magdalena y Sinú	880.000
AID Inscredial, vivienda	10.000.000
Caja Agraria — Colonización	7.000.000
EXIB Hospital Militar — Dotación	2.000.000
Total disponible en dólares	200.092.611

—Ya que Colombia ha recibido tan cuantiosos empréstitos durante los pasados cuatro años y que la capacidad del país en pagos es limitada, ¿cuál será la perspectiva para los años venideros en materia de nuevos créditos externos?

—Ambas misiones, la del Banco Mundial y la del Comité ad hoc de la Alianza para el Progreso, recomendaron financiaciones anuales por sumas superiores a los 200 millones de dólares. Pero no se trata de una simple recomendación. El Banco Mundial acaba de presentar al Gobierno una lista de proyectos que valen, cuando menos, 372 millones de dólares, y que serían financiados por el Consorcio o Grupo de Consulta en los próximos diez y ocho meses. La lista de proyectos y la financiación exterior que necesitan son los siguientes:

Proyectos	Financiación Millones US\$
<i>Energía eléctrica:</i>	
a) Térmica de Cospique	5
b) Térmica de Tibú	4
c) Térmica de Barrancabermeja	6
d) Térmica de Barranquilla	7
e) Hidroeléctrica Río Prado	7
f) Hidroeléctrica Río Mayo	7
g) Calima 1	6
h) Timba y Calima	46
i) Río Nare, hidroeléctrica	27
<i>Telecomunicaciones:</i>	
Sistema nacional	15
Sistemas municipales	10
<i>Transportes:</i>	
a) Construcción de carreteras	15
b) Mantenimiento de carreteras	12
c) Ferrocarriles	22
d) Puertos	10
e) Aeropuertos	8

Proyecto	Financiación Millones US\$
<i>Agricultura:</i>	
a) Irrigaciones Valle del Cauca	10
b) Control inundaciones Timba	7
c) Desecación San Jorge	1
d) Instituto Reforma Agraria	15
<i>Acueductos y alcantarillados:</i>	
<i>Intituto de Fomento Municipal:</i>	
a) Programa regular	14
b) Pequeñas poblaciones	5
c) Ciudades medianas	7
d) Acueductos Cali y Medellín	10
e) Alcantarillado Bogotá	7
<i>Vivienda:</i>	
Vivienda urbana	15
Vivienda rural	1
<i>Educación:</i>	
a) Primaria	14
b) Secundaria	8
c) Universitaria	8
<i>Sector privado:</i>	
Acerías Paz del Río	22
Planta de Acero de Barranquilla	—
Corporaciones Financieras	2
Planta de Soda de Cartagena	17
Otros	2
Total	372

Como usted ve, es mucho lo que se ha avanzado en el Plan General de Desarrollo, y esta administración le deja a la que hoy se inicia, un programa, el más ambicioso de cuantos se hayan realizado en el país, en el que se incluyen saldos disponibles en el exterior por 200 millones, y ofrecimientos concretos de financiación por 372 millones más. O sea, un plan de 572 millones para los primeros 17 meses. Ella tendrá que empezar desde ahora a preparar el otro programa de obras que habrá de presentarse en 1964, correspondiente a ese año y al siguiente, y así sucesivamente.

En la continuidad de esta política estriba el éxito del programa, ya que una demora cualquiera en la preparación de los planes siguientes sería catastrófica. Por eso sólo dentro de un sistema como el del Frente Nacional, se puede empren-

der un programa de esta naturaleza, en la seguridad de que sus diversas etapas serán cubiertas al debido tiempo.

—¿Cree usted, señor ministro, que esa continuidad para la ejecución del Plan seguirá sin interferencias?

—Por lo que hace al Ejecutivo, el Presidente Valencia ha dicho en diversas ocasiones que lo continuará, sin peligro, naturalmente, de introducirle aquellas modificaciones que sean del caso. Esto es normal en todo plan y no lo afecta. Por el contrario, lo hará más ceñido a la realidad y necesidad del país.

Hay sectores un tanto más difíciles para imponerles la disciplina que un plan de esta naturaleza presupone. Los colombianos somos dados a crear nuestro propio plan, bien desde los ministerios o desde el congreso. Y eso no es posible dentro de un Plan General de Desarrollo, en que todos tienen que acomodarse a él y hacer sólo lo que él mismo indica. Esto implica una tremenda disciplina en los Ministros y en el Congreso. Someterse a no hacer nada distinto a lo que fue pensado y planeado ya.

—Analizada la parte puramente económica y financiera del Plan, ¿cuál es su característica en el campo social?

—Esta es quizás la parte más importante de él y a la que le puso más énfasis y empeño el Presidente Lleras. El plan de educación primaria, especialmente, es el esfuerzo más grande que se haya hecho en la América Latina para desterrar el analfabetismo. Esta es una de las realizaciones más difíciles de coronar y más costosas, pero el Presidente le puso todo su empeño sin echar pie atrás por las grandes dificultades.

La vivienda es otro renglón en el que él puso todos sus empeños. Y hoy el Instituto de Crédito Territorial, con una gerencia que le hace honor al país, como la del doctor Fabio Robledo Uribe, es un instrumento efectivo para acabar con este mal social y tiene suficiente financiamiento para trabajar a la velocidad que las industrias complementarias de la construcción lo permitan.

En saneamiento y comodidad urbana, el Instituto de Fomento Municipal ha sido reorganizado en forma que hoy puede modificar la vida de nuestras aldeas y ciudades medianas, y se le acaban de otorgar importantes créditos para su plan de cuatro años. En fin, la reforma agraria, que empieza a surtir sus efectos, es un avance social de características

revolucionarias que tiende a solucionar uno de los más viejos males de nuestra formación colonial.

—¿Cree usted, señor ministro, que las condiciones económicas del presente son propicias para llevar adelante el Plan General de Desarrollo?

—El Plan, para que pueda ser llevado a cabo dentro del plazo previsto, necesita de fuertes financiamientos en el exterior y en el interior. Porque, como muchas veces se ha dicho, la Alianza para el Progreso es y debe ser fundamentalmente un esfuerzo nacional, siendo la parte exterior tan sólo su complemento. Creo que en el caso de Colombia se llenan estos dos requisitos y que el país está en condiciones de entrar a ejecutar el Plan General en grande escala desde el año entrante.

Como se ha visto, las dos misiones internacionales, la del Banco Internacional y la del Comité ad hoc de la Alianza, han proyectado y recomendado ayuda externa por más de 200 millones de dólares al año. Con ello tratan de financiar el costo externo de los diversos proyectos y cubrir las deficiencias inevitables de nuestra balanza de pagos, que estará fuertemente presionada por diez años por las importaciones de bienes de capital con destino a la industria privada. Tenemos por lo tanto solucionado el problema fundamental que es el de la escasez de divisas para las importaciones crecientes que necesitamos hacer. En cuanto el Consorcio o Grupo de Consulta esté formado y entre a actuar, el país podrá ampliar el volumen de sus importaciones.

Ahora bien: el Consorcio o Grupo de Consulta está en marcha. Pasado mañana se hace la primera reunión informal en Washington, con base en los informes sobre evaluación del Plan Colombiano y de la lista de proyectos para la financiación inmediata. Y para septiembre, con motivo de la reunión anual de la Asamblea de Gobernadores del Banco Internacional y del Fondo Monetario en Washington, se hará la primera reunión formal para decidir sobre la financiación del mencionado grupo de proyectos. De manera que la formación del Consorcio o Grupo Consultivo, que era una de las metas de esta administración, queda prácticamente cumplido.

En cuanto a la financiación interior, la actual administración deja planteado el debate y propuestas soluciones que considera buenas, como son los nuevos ingresos procedentes de las modificaciones en los tributos; la conversión y refinan-

ciación de la deuda pública interna en una operación a cincuenta años con el Banco de la República; el mecanismo de financiación interna de los Bonos de Desarrollo Económico, que debería ser perfeccionado, acercándolo a las prácticas más ágiles de los países desarrollados. Yo no dudo de que el próximo gobierno insistirá en aumentar sus ingresos mediante las fórmulas propuestas u otras que se consideren igualmente efectivas, y de que el congreso y el país aceptarán hacer un sacrificio temporal más grande, para que este esfuerzo de superación nacional pueda llevarse a cabo. Otras generaciones en el mundo han tenido que sacrificar sus libertades políticas y sus libertades cívicas; sus sistemas de vida; su propiedad, etc., y no es mucho que la nuestra sacrifique unos cuantos pesos para conservar lo que tiene y mejorar las condiciones de nuestro pueblo. Colombia es un pueblo consciente y sus clases dirigentes se dan buena cuenta de lo que hay en juego.

El Presidente Lleras ha iniciado una revolución que, aunque de tipo pacífico, no es menos honda en sus metas que otras menos afortunadas y más sangrientas, y esa revolución se impondrá porque quien habrá de proseguirla, el doctor Guillermo León Valencia, tiene tanta sensibilidad social como su predecesor. Con ello se le está haciendo un bien no sólo a Colombia sino a la América Latina, por cuanto es la respuesta apropiada a la revolución cubana. Y ella, en conjunto, será la gran obra del Frente Nacional.